COLECCION ARETINO

Número 10



LA ESCUELA DEL AMOR

ILUSTRADA CON DIEZ Y SEIS FOTOGRAFIAS

A. 10



Colección Aretino

10

ESCUELA DE AMOR



1931

LA ESCUELA DEL AMOR

ILUSTRACIÓN DE DIEZ Y SEIS
FOTOGRABADOS

PUBLICACIONES LA GIRALDA
SEVILLA

LA ESCUELA DEL AMOR

I

¡Qué extraña noche de bodas pasó la pobrecita! Nadia estaba en el lujoso lecho, cansada de todas las ceremonias de la boda, cuando entró Sténoff en la cámara nupcial. Ella le miró púdicamente y le tendió las manos, creyendo que el conde iba a ponerse de rodillas como cuando eran novios y a besárselas lleno de entusiasmo, pero también de respeto. ¡Pronto se desengañó! El general comenzó a besarla en la boca, como hombre acostumbrado a tomarlo todo sin pedirlo; y sin despojarse de su uniforme, con la cifra del Emperador, se entregó a una pantomima que produjo miedo a la inocente Nadia. Mientras seguía besándola furiosamente en la boca, la garganta y los hombros, había deslizado un brazo en la cama tirando brutalmente de la fina camisa que cubría a la hermosa. Su mano atrevida comenzó a re-

correr las desnudeces de aquella beldad, las carnes, que se estremecían al ardoroso contacto. Acarició las curvas voluptuosas de las caderas las redondeces satinadas y el abultado culo, la tersa finura del vientre, retardándose en este examen delicioso, hasta que los dedos libertinos se enredaron en el musgo tibio y sedoso del monte de Venus, intentando introducirse entre los muslos, que Nadia apretaba desesperadamente.

Después, levantando bruscamente la cubierta, la arrojó al pie de la cama, y de un puñado arrancó el tisú de la camisa, que velaba ante sus ávidos ojos los encantos que acababa de explorar. Entonces su boca comenzó a correr el mismo camino amoroso que había seguido la mano, imprimiendo en las sonrosadas desnudeces la mordedura ardiente de sus besos.

La casta Nadia, ignorante y confusa, creyendo que su marido se había vuelto loco, se defendía con todas sus fuerzas, y como él le cogiera entre los labios la punta de rosa de uno de sus senos, chupándola con avidez, ella le empujó rudamente, y con su pequeña mano crispada le hizo en el rostro un largo arañazo.

Sténoff se enfrió rápidamente, y levantándose de la cama, se arregló el desordenado uniforme, disponiéndose a alejarse con el rostro grave y ceñudo, dejando a la pobre Nadia desnuda y ruborosa, llorando con la cabeza hundida en la almohada.

—¡Qué! ¿os vais?—dijo ella con acento débil.

—Sí—contestó el general con energía—, y no volveré hasta que estéis más domesticada.

—¿Qué queréis decir con eso?—preguntó Nadia a través de sus lágrimas.

—Preguntádselo a vuestra madre. Si esa excelente burguesa no os lo enseña, yo tengo una tía en París... la haré venir, y os pondré en sus manos... es la profesora que necesitáis.

Y Sténoff se marchó, dejando a su mujer tan ignorante como antes de entrar.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Nadia se encontró en el comedor de un lujoso palacio con su marido, al que acompañaba el general príncipe de Melikoff, uno de sus tíos.

En el momento de abrir la puerta del comedor, se paró a escuchar lo que decía su marido.

—Estamos de acuerdo, tío — decía Sténoff. — Agradezco que S. M. me nombre jefe de brigada en la frontera del Cáucaso. Así no me veré obligado a sufrir más.

—¿A qué te refieres?

—Al trabajo insufrible de esta noche. Me habían dicho que las señoritas honradas son muy bestias; pero yo no creía que lo fuesen tanto. ¡Si me hubieseis visto en las fatigas de esta noche y domesticando a una salvaje, a mí que no encuentro, ni aun en París, una mujer suficientemente puta y refinada para mi gusto!

Nadia interrumpió esta conversación con su entrada. Durante el almuerzo, la hermosa joven,

con las mejillas rojas, no respondió más que con monosílabos a su marido y al príncipe.

Al tomar el café, Gregorio le hizo saber que el emperador, por conducto de su tío, le había concedido el mando de una brigada en la Transcaucasia, y que debía salir inmediatamente para tomar posesión de su cargo.

Nadia no contestó una palabra.

—Parto esta noche — continuó el general. — ¿No sentís que os abandone tan pronto, Nadia?

—No. Así tendré tiempo de *domesticarme* durante vuestra ausencia.

Los dos hombres cambiaron una mirada, como diciéndose: "¡Pues no es tan bestia como creíamos!"

—Me habéis hablado de una tía—dijo Nadia a su marido.

—¡Una mujer insubstituíble!—exclamó el conde, riendo. — ¿Queréis que os deje una carta para ella?

—Escribidla en seguida; podríais olvidarla en medio de vuestros preparativos de viaje.

El conde escribió:

"Queridísima tía: Acabo de casarme con una mujer rubia, hermosísima e imbécil. Jamás podré con ella si vos no os encargáis de su educación. Domesticadla lo mejor que podáis, aunque en el fondo me es indiferente.

Vuestro afectísimo sobrino,

Sténoff."

Selló con gran cuidado la carta, y se la dió a Nadia, diciendo:

—Mi tía os demostrará con sus actos lo que hay dentro de ese pliego.

El príncipe había abandonado ya a los esposos.

Nadia, seria, fría y ofendida, contempló largamente a su esposo, que fumaba con aire indiferente, y acabó por preguntarle:

—¿Cuántas camisas he de meter en vuestro equipaje?

—¡Dos mil cuatrocientas setenta y dos!— gritó Sténoff, exasperado.

Y se precipitó fuera de la habitación, indignado por la estupidez de su mujer.

II

Una larga cadena de montañas, y en su falda una línea de barracas de madera junto a un río de corriente tumultuosa. Al otro lado del agua, en el centro de un hermoso valle, una población oriental, hermosa de noche, brillante en las tinieblas, pero sucia e infecta durante el día.

Alrededor de las barracas de madera, grandes barrizales y una obscuridad densa, atravesada solamente a intervalos por un pálido rayo de luna que ilumina los charcos de agua amarillenta. Junto a una de las barracas más grandes, hay un mástil clavado en el fango, sobre el cual flota una bandera estremeciéndose con los soplos del viento.

En la barraca suenan gritos, risas y cantos. Penetremos en ella, y veremos una larga mesa sobre el suelo, cubierto por un tapiz de fieltro. Alrededor algunos tapices acumulados forman canapés, y a la izquierda un rico portier oriental disimula una puerta. Alrededor de la mesa hay dieciséis oficiales de todos los grados, y sobre ella, botellas, muchísimas botellas, casi todas vacías.

Es que el general conde Gregorio Sténoff obsequia a sus subordinados con un banquete, como lo hace todos los días desde que tomó el mando de la brigada.

Han comido, han jugado, han bebido, y todos están borrachos de Burdeos y Champagne, mirándose con sus grandes ojos eslavos, azules, húmedos y melancólicos, sin hablar, sin reír, sin saber qué hacerse. El general dió un puñetazo en la mesa, gritando:

—¡Ira de Dios, qué aburrido es esto!

A pesar de la oposición del general, que pretendía no haber visto una mujer aceptable en los tres meses que llevaba en el país, su joven teniente propuso, con la aprobación de todos, enviar por mujeres a la mancebía de la tía Schwartz. Un capitán conocía ya a las tres mujeres que en ella estaban como pensionistas; pero el teniente aseguró haber entrevisto una cuarta muchacha, fresca y bonita, que debía ser recién llegada.

—Que traigan a las cuatro —gritó el conde Gregorio. — ¡Valientes pencos serán!

Media hora después, las cuatro mujeres, que danzaban en las fiestas de hombres, llegaron a la barraca del campamento.

Entró la primera, y el conde apenas se movió del canapé donde estaba extendido.

—¡Hum! — dijo, con expresión de desprecio.— ¡Pasa, pasa!... Tal vez gustes más a esos señores.

La segunda y la tercera le arrancaron las mis-

mas palabras de desprecio; pero al entrar la cuarta, se incorporó, con una expresión de interés.

La invitó a sentarse junto a él en el canapé, encontrando en aquella mujer algo que no le era desconocido. ¿Dónde la había visto? ¿Tal vez en París? ¿Tal vez en San Petersburgo?

—Es posible—dijo la joven.— ¡He corrido tantos países!

—¿Y cómo te llamas, vida mía?

—Me llaman Ina.

—¿Sabes que eres muy bonita, pequeña?

El general la contemplaba fijamente, admirando su aplomo, la indiferencia con que se acostaba en el canapé al lado de él. Llevaba un traje medio oriental y medio europeo, muy limpio, saturado de un perfume de mujer elegante. Sus pies, pequeños y de suave curva, iban calzados con medias de seda y zapatos con tacones rojos. Sus manos eran blancas, finas y exquisitamente cuidadas.

El general se sentía sumido en un mar de confusiones. ¡Qué extraña mujer aquella! Tenía el cutis de rubia, los ojos azules, y a pesar de ésto, ¡aquella figura que no le era desconocida! Aquella voz que despertaba en él ciertos recuerdos! Lo único que encontraba de nuevo y de extraño, era su mirada lasciva, provocante, que parecía solicitar los besos locos, las caricias desordenadas, al mismo tiempo que su boca se contraía con una mueca desdeñosa y casi de desprecio.

El general se incorporó, queriendo aproximar su boca a la suya. Ella le empujó con rudeza.

—¡No tan aprisa!—dijo.— Más abajo, si queréis... ¡Aquí tenéis mi pie!

Y le tendió su hermosa pierna. Sin la menor protesta ni la más leve rebeldía, el general se prosternó pesadamente, murmurando:

—¡Qué adorable eres!

Ella paseó su zapato por las patillas del conde, y apartándolo después con el pie, murmuró:

—Ahora podéis subir poquito a poco.

Las manos del general tentaron ávidamente sus satinados muslos.

—No, no tan aprisa.

Entonces él le besó las rodillas, incorporándose poco a poco, siempre arrodillado, jadeante, mendigando un beso y olvidándose de los oficiales, que le miraban con estupefacción.

—Bueno—dijo ella. —Ahora puedes besarme ya.

Y juntó su boca con la del conde, dándole un beso refinado, húmedo, voluptuoso, uno de los besos que penetran hasta la medula y hacen vibrar todas las fibras del deseo.

—Oh!—murmuró él con voz trémula.— Estoy enamorado de ti; dame otro, otro beso.

Ella le empujó, rompiendo en estruendosas carcajadas.

—¡Tengo sed!—gritó—; ¡dadme de beber! ¡Quiero Champagne!

El conde se apresuró a servirla, y después de haber bebido, ella volvió a avanzar sus labios, renovando aquel beso sabroso que enloquecía al conde.

—Ven — murmuró él.— ¡Ven a mi habitación!

Ella le siguió, desapareciendo tras el tapiz oriental que cubría la puerta de la izquierda. Cuando estuvieron solos en el dormitorio, Ina quiso ver su gran uniforme, cubierto de condecoraciones

—Enséñamelo; lo quiero — dijo con imperio, viendo que él dudaba.

El conde obedeció. La hermosa cogió el uniforme cubierto de oro, y arrancándose una borla de sus zapatos, la puso entre dos cruces que adornaban el pecho.

—Júrame que mañana llevarás ésto en la parada al revistar las tropas. Si te niegas, podrás tomarme; pero yo no me entregaré. Ya me entiendes.

El general, entusiasmado, juró todo lo que ella quiso, y la hermosa, inclinándose un instante en un rincón, se arrancó rápidamente los bizarros cropeles que la cubrían, y volvió hacia él con los brazos tendidos, desnuda, resplandeciente y soberbia en su impudor provocante.

Gregorio estaba deslumbrado. Jamás sus ojos habían visto un cuerpo de mujer más perfecto, de un dibujo tan puro, de una forma tan impecable como aquel que estaba ante él, y en el cual las carnes nacaradas tenían la finura y el tinte le-

choso de la camelia blanca. Sobre este mármol animado y palpitante sólo se destacaban, como dos rubíes en la nieve, las puntas sonrosadas de sus senos y la adorada pelambrera, que cortaba como un triángulo la blancura inmaculada de su vientre. A pesar de la cabellera negra que caía sobre sus espaldas, Ina era rubia en todo su cuerpo, y era de oro el fino musgo que cubría sus sobacos, y de oro también el rizado bosquecillo que florecía entre sus apretados muslos, en la penumbra misteriosa del sexo.

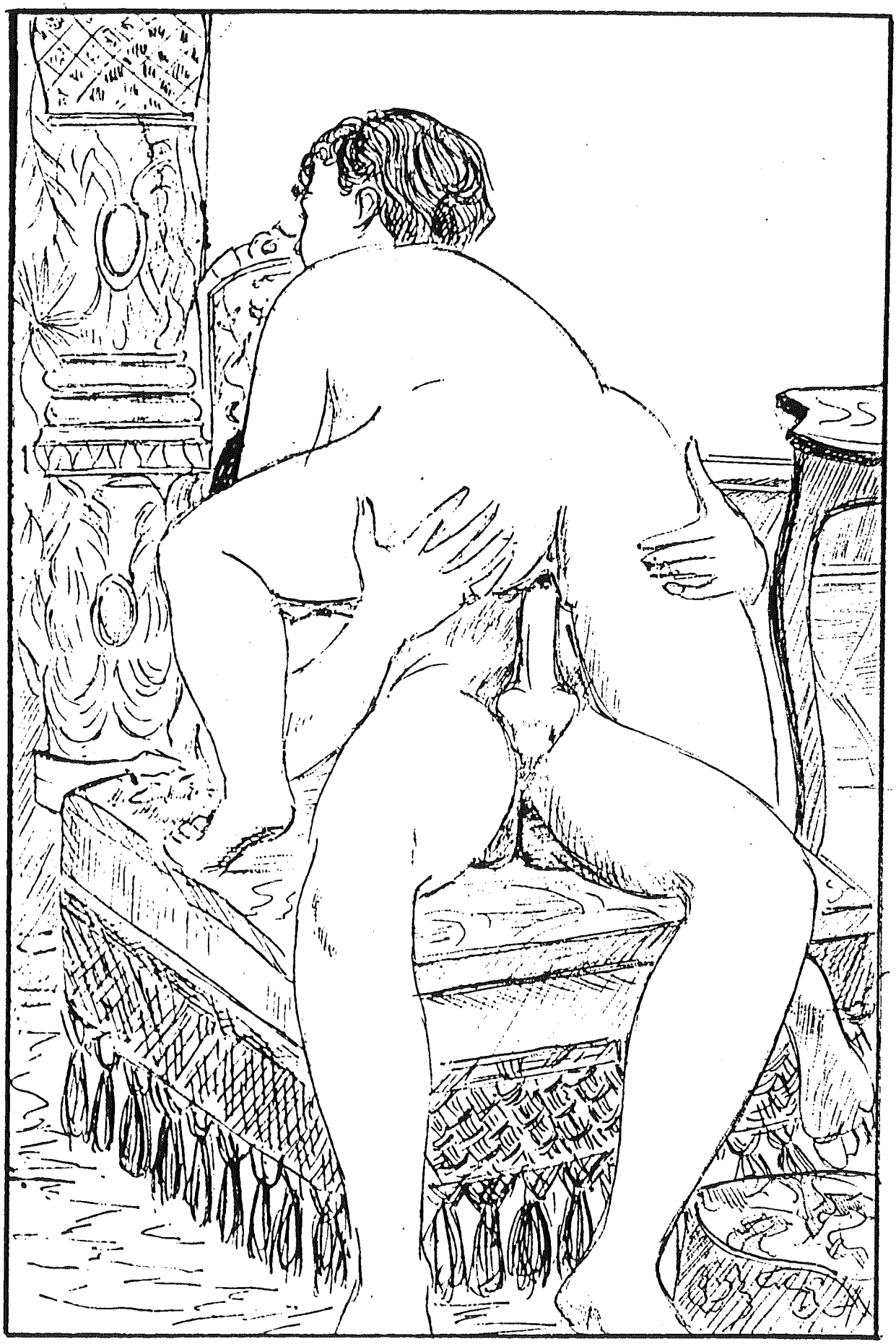
Ella se aproximó al conde, enroscándole al cuello sus hermosos brazos.

—Te adoro — dijo. — Ven, y verás si sé hacer el amor.

Después de ésto, se tendió sobre el lecho y le esperó con los muslos abiertos, los brazos cruzados sobre la nuca, ofreciéndose toda en esta postura, que dejaba al descubierto los tesoros más misteriosos de su cuerpo, con los labios entreabiertos por una sonrisa de deliciosas promesas y los ojos animados por una llamarada de lujuria.

El conde se arrancó precipitadamente sus vestidos, arrojándolos al azar sobre el suelo y los muebles, y desnudo también, la firme rigidez de su miembro viril, se arrojó sobre la espléndida criatura, cuya vista le enloquecía, haciendo correr por sus venas una lava ardiente.

Ina, para recibirle, abrió aún más las columnas de marfil de sus muslos, y su mano graciosísima



se apoderó de la flecha de amor, rígida por el deseo, para conducirla sin tropiezo por la ruta del placer.

—¡Oh, querido mío! — murmuró —; te... a... mo...

Su voz se extinguió en un gemido voluptuoso. Con una violenta sacudida, el cetro viril la había perforado, y ella se arqueó, sacudida por un espasmo, las nalgas hacia arriba, el vientre salido hacia adelante para absorber más profundamente la penetrante caricia. Y la obra de amor comenzó, convirtiéndose en un galope ardiente, impetuoso, que hacía gemir como un mar alborotado el lecho sobre el cual los amantes se retorcían con los saltos desordenados de un polvo frenético. Los muslos de la hermosa oprimían las caderas del conde, hasta hacerle daño. Ina se enroscaba debajo de él, haciéndole con sus piernas divinas un cinturón ardoroso, y con sus brazos un collar de fuego. Sus senos rígidos chocaban con sus puntas victoriosas el pecho desnudo y jadeante de Gregorio, y sus cuerpos estaban tan estrechamente enlazados en aquel abrazo que los unía, que los pelos de su vientre se mezclaban, confundiéndose la seda dorada de Ina con la áspera pelambrera de su amante. Sus bocas unidas no se separaban un instante; los labios estaban pegados a los labios, y a través de sus dientes que se entrechocaban, bebían con su aliento, con su hálito de fiebre amorosa, la saliva de sus besos. De vez en cuando un

gemido voluptuoso se escapaba de la garganta de Ina; una acometida más profunda hacía salir de su pecho un suspiro ardiente y prolongado, un dulce gemido o palabras balbucientes, inacabadas, cortadas por los besos y por el exceso de placer.

—¡Ay!... te... amo... Gregorio... mío... general... dul... ce... qué... gus... to!... Voy... a... mo... rir...

El conde apretó aún más sus brazos en torno de las caderas de su amante; apoyando sus manos en las gruesas nalgas de Ina, separó su culo del lecho, levantándola hacia él para sentirla más cerca y hundir más profundamente su pieza. sintiendo que le venía; una convulsión corrió por todo su cuerpo, y lanzó un rugido, al mismo tiempo que inundaba con un chorro ardiente el sedoso nido de la hermosa. Esta lanzó un grito agudo e interminable, que poco a poco fué extinguiéndose como el lamento de una víctima que lanza su último suspiro. Y los dos amantes, anonadados por el exceso de una felicidad delirante, quedaron sin movimiento, estrechamente abrazados, mientras que los estremecimientos voluptuosos, los espasmos convulsivos corrían todavía sobre sus carnes, siempre unidas y confundidas.

Después de algunos minutos de postración deliciosa, Gregorio se levantó para tenderse al lado de su voluptuosa compañera, pasándola un brazo alrededor del cuello y atrayéndola hacia él para hablar junto a su oreja.

—Te adoro, Ina... Jamás te abandonaré.

—¿Y si fuese rubia, me querrías? — dijo ella.

—¿Qué importa eso? Lo mismo sería tu amante... Por cierto que si tu cabellera fuese rubia, te parecerías a... Bueno, te lo diré. Te parecerías a mi mujer, a quien el diablo se lleve.

—¿Eres casado?

—Sí; con una imbécil que abomino; una virtud pudibunda y ruborosa que tiembla ante la idea de dejarse acariciar por su marido. La he dejado con la convicción de que nunca me haría feliz

—¿Me amas de veras? — continuó ella. — ¿No te arrepentirás de ser mío? ¿Llevarás la borla de mi zapato en la parada?

—Sí, sí; todo lo que tu querrás.

Entonces la cabellera negra de Ina voló por el aire, y una cascada de rizos dorados se extendió sobre sus espaldas, su garganta y la almohada, mientras un estallido de risa argentina sonaba en las orejas del conde.

—¡Nadia! — gritó él. — ¿Cómo aquí? ¿Qué significa esto?

—Esto significa que he aprovechado bien tus lecciones. ¿Estoy ya bastante *domesticada,* señor marido?

Gregorio quedó un momento indeciso; pero al final tomó el partido de reírse, y los dos esposos sellaron su reconciliación con un nuevo sacrificio al amor, en el cual el conde encontró entre los brazos de Nadia las mismas delicias de antes.

—¡Excelente tía! — decía el conde al reposar de este segundo asalto. — ¡Qué bien te ha sabido educar mi querida tía!

Nadia intentó vestirse; pero el general se opuso.

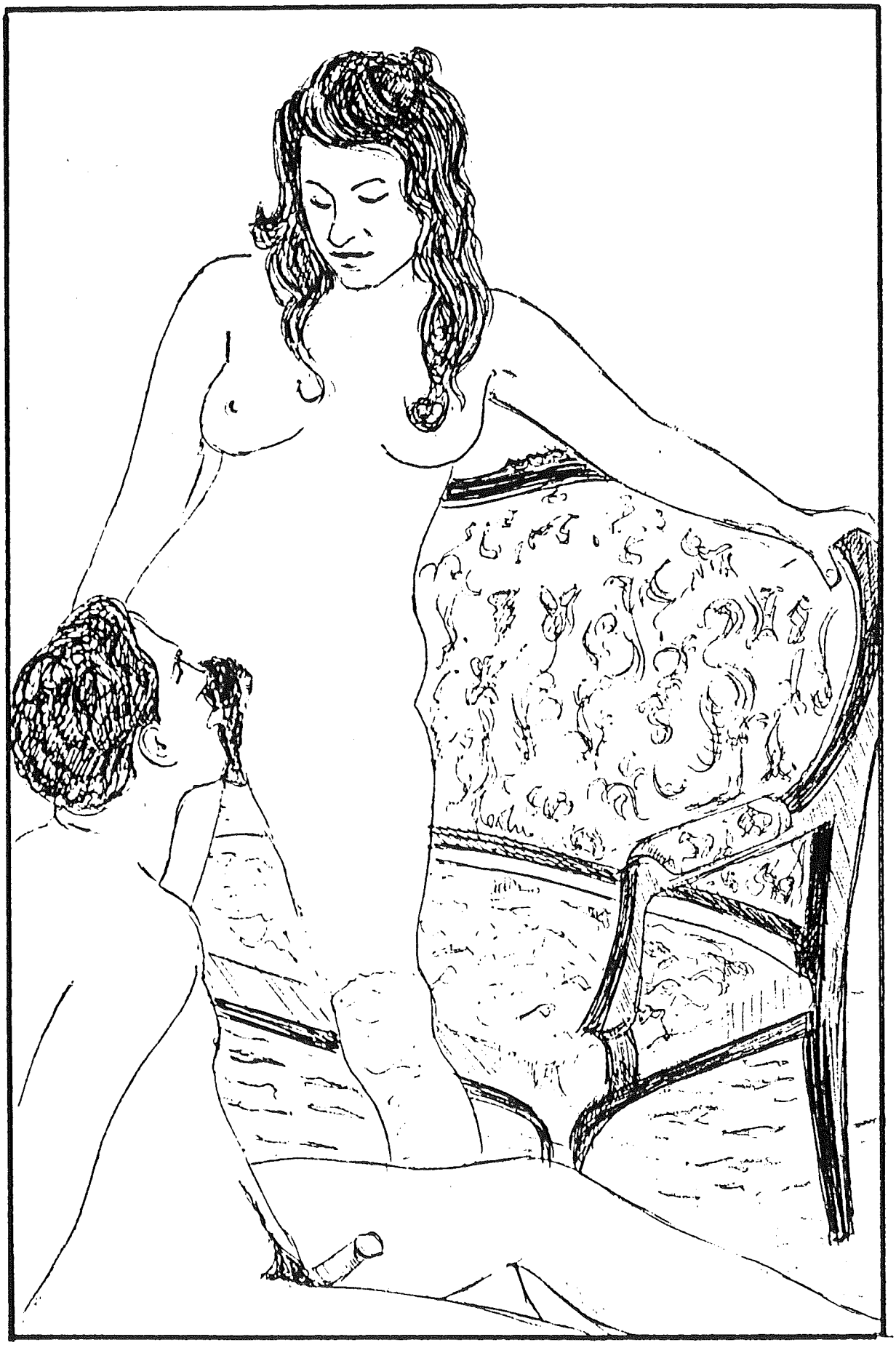
—No; permanece aquí. Yo voy a salir un momento para despedir a los oficiales y a esas mujeres.

La escena que mientras tanto había ocurrido en la sala inmediata, aunque de diferente carácter, no había sido menos divertida.

Después que el general les había abandonado con su conquista, los oficiales habían hecho desnudar a las tres mujeres, dejándolas en pelo.

Pero las gracias que las pensionistas de la tía Schwartz acababan de exhibir, no eran suficientes para entusiasmar a unos hombres que estaban con los sentidos casi muertos por el exceso de bebida Un teniente se apoderó de una rubia gorda, que era la más aceptable de las tres, y sentándola a su lado, se abandonó a sus manos. Las otras dos trabajaban indistintamente en las braguetas de los oficiales; pero a pesar de las delicadezas de sus manos expertas, no conseguían enderezar aquellos miembros muertos.

—¡Vive Dios! — exclamó un capitán. — Estas muchachas se están cansando inútilmente; y para excitar su celo, propongo regalar cinco rublos a la primera que consiga enderezar el nervio vital confiado a sus cuidados y extraerle la substancia.



Además, es condición precisa que se ha de tragar concienzudamente toda la preciosa esencia que extraiga.

—¡Bravo! ¡Bravo! — gritaron de todas partes

La proposición fué ejecutada inmediatamente. Las tres mujeres, animadas por la recompensa prometida, se instalaron entre las piernas de tres oficiales, esgrimiendo la lengua y los labios para aguzar aquellos dardos decaídos.

La rubia gorda, especialmente, trabajaba con un ardor que revelaba antigua maestría. Gracias a sus hábiles maniobras, el priapo del teniente no tardó en enderezarse con aire triunfal, mientras ella lo acariciaba, como una consumada artista. Tan pronto hacía titilar la amoratada cabeza del instrumento con ligeros golpes de lengua, como seguía sus contornos con un rozamiento dulce y continuo. Después lamía suavemente la columna priápica, desde la base hasta la cima, acariciando el nervio erector con sabios roces de lengua, y de repente aspiraba todo el dardo en su boca, lo hacía desaparecer por completo entre sus labios para chuparlo con frenesí en un movimiento rápido de vaivén, oprimiéndolo fuertemente. Y mientras hacía de su boca un estuche sedoso, una funda caliente y aterciopelada, sus manos frotaban con ligera caricia las piernas del paciente, acariciaban su tripa con fugitivos cosquilleos, y empuñaban las bolas gemelas, que se contraían en la peluda bolsa

Tanto talento y tanto celo habían de tener su

premio; y el teniente comenzó bien pronto a mostrar los síntomas de una viva agitación, a retorcerse, delatando que estaba próximo al desenlace.

—¡Me viene... me viene!... — suspiró.

Y su miembro, hundiéndose hasta lo más profundo de la rubia, soltó una abundante eyaculación, que ella absorbió sin titubear, chupando hasta la última gota.

Después de este éxito, se guardó los cinco rublos del premio, y sin hacer caso de las felicitaciones de la asamblea, comenzó a renovar su tocata en otro de los instrumentos que le presentaban. Había ya corrido una gran parte de aquel círculo de pollas, y estaba chupando la séptima, mientras que sus compañeras no habían despachado más que dos, cuando entró en la estancia el general.

Los oficiales iban a preguntar por el éxito de su conquista, cuando él dijo gravemente:

—Señores: después os presentaré a la condesa Sténoff, que para darme una sorpresa, se ha presentado aquí disfrazada. Mientras tanto, os ruego que despidáis a estas mujeres.

Los oficiales hicieron un gesto de incredulidad: pero el general continuó, más grave aún:

—Hablo en serio, señores. La condesa os invita a comer mañana.

—¡Hurra por la condesa Sténoff! — gritó el travieso teniente.

III

Nuestros lectores querrán saber por qué serie de circunstancias la condesa se encontraba en el Cáucaso, entre las pensionistas de una mancebía, y cómo siendo ella tan sencilla e inocente, se había convertido en la mujer voluptuosa que hemos visto. Para ésto hay que remontarnos hacia atrás y relatar lo ocurrido desde que el conde Gregorio se dispuso a abandonar a su mujer para ir a tomar el mando de la brigada.

El general no salió de San Petersburgo aquella misma noche. Dejó el viaje para el día siguiente, y cuando Nadia acababa de acostarse, después de despedir a Mascha, la doncella de confianza, oyó que el conde tocaba a la puerta de su dormitorio y entraba sin esperar la respuesta. Esta vez no iba de uniforme, sino en traje de noche, con sólo una ligera camisa de seda. Inmediatamente se coló en la cama, pasando su brazo izquierdo bajo la cabeza de su mujer, y comenzando a besarla.

Nadia permaneció inmóvil, no osando defenderse como la primera vez; pero temblaba, con la

garganta apretada por una emoción, mezcla de miedo y de pudor. Temblaba al sentir en su carne desnuda la carne del hombre y el frotamiento de unas piernas velludas contra su piel satinada; temblaba de los tocamientos lascivos, que recorrían todo su cuerpo, y de los besos ávidos, que le quemaban como mordiscos. Las caricias del conde eran cada vez más vivas. Mientras la besaba en la boca, una de sus piernas se deslizó entre los muslos de Nadia, abriéndolos ligeramente, y su mano, después de haber contorneado el globo del seno, pellizcando dulcemente en el pequeño pezón, siguió la línea sublime del torso, desde la cavidad perfumada del sobaco hasta la redondez artística del vientre, viniendo a fijarse en la entrepierna, en el cálido valle donde se abre, entre rizado musgo, la flor divina, la rosa mística de la mujer. Después se arrojó sobre ella, abrumándola con el peso de su cuerpo, abriéndola las rodillas y los muslos, entre los cuales se tendió. Nadia sintió sobre su desnudo vientre un frotamiento rugoso de pelos rudos y erizados, y una cosa ardiente, una especie de brazo animado, caliente y rígido, que se deslizaba sobre su carne; después unos dedos que hojeaban los secretos de su sexo, separando los labios apretados de su boca secreta, para hacer más ancha la abertura. Instintivamente, bajó ella la mano para defender su deliciosa entrada, y tropezó con aquel miembro, duro como el hierro, impaciente, que buscaba insinuarse entre

los bordes entreabiertos de la flor amorosa. La pobre se asustó. ¿Qué era aquello? ¿Qué quería meterle en su cuerpo?

—No, no — gritó con acento de terror. — No quiero... dejadme. ¡Dios mío!... ¿Qué es lo que hacéis?

Pero, mientras tanto, la fiera arma había encontrado su guía, y derrumbaba furiosamente los obstáculos de la entrada. Nadia gritó, con dolorosa desesperación:

—¡Ay, mamá! ¡Mamá!

—De un vigoroso golpe, el conde acababa de romper el obstáculo virginal, introduciéndose profundamente en ella.

—¡No... bastante!... ¡Sacad eso!... ¡Me hace mucho daño! — imploraba ella, intentando librarse de aquel miembro, que cada vez entraba más, clavándola en la cama.

Pero Gregorio no estaba dispuesto a abandonar su dulce tarea; y en la impetuosidad del deseo, la inmovilizaba, pesando sobre ella todo su cuerpo y teniendo agarrados sus brazos. Con unos cuantos empujones, que arrancaron a Nadia nuevos gritos de dolor, acabó la introducción de su miembro, que penetró en ella todo entero.

Mientras él experimentaba una inmensa felicidad, Nadia lloraba, sumida en una especie de postración, sin saber ciertamente lo que le pasaba; y cuando el miembro victorioso clavado en su seno soltó en sus entrañas un chorro de fecundante li-



cor, apenas si sintió ella estas gotas de lluvia ardiente.

Después de saborerar su felicidad, Gregorio volvió a acostarse al lado de ella, intentando consolarla con palabras dulces; pero ella permaneció insensible, inerte, con las piernas abiertas y gimiendo con desesperación. El conde acabó por aburrirse, y volviéndola la espalda, comenzó a roncar a los cinco minutos. Por la mañana, al despertarse, Nadia le manifestó tal repulsión y horror, que el general acabó por enfadarse.

—Decididamente — dijo — no me entenderé nunca con esta mujer. Que el diablo me lleve si vuelvo a acariciarla.

Y se alejó para no volver más.

Cuando algunas horas después, Mascha, la doncella, ayudó a vestir a su señora, adivinó algo de lo ocurrido, y solicitó sus confidencias. Mascha era hermana de leche de Nadia, y además estaba casada con el mayordomo de palacio, que era criado del conde. La señora, después de hacerse rogar mucho, acabó por confesar a su doncella el miedo y el dolor que le había producido la aventura de la noche; aquel ataque brutal de su marido, que le había rasgado las entrañas y la obligaba a tener muy abiertas las piernas, sufriendo un irresistible escozor.

—¿Crees tú — acabó preguntando Nadia con inocencia — que no me habrá estropeado para siempre.

Mascha se echó a reír ante la simpleza de su señora.

—¡Pero si eso es la primera vez! — dijo. — Después es el mejor de los placeres.

—¡Tú te burlas, Mascha! ¿Cómo una especie de monstruo enorme, que te desfonda y te desgarra, puede procurar placer! ¡Si tu vieras el del conde!...

—Yo no sé cómo será el del señor conde; pero el de Boris, mi marido, es de hermosas dimensiones, y yo me hice la misma reflexión que vos, la primera vez que lo sentí. Después he cambiado de opinión; ya no lo encuentro tan terrible, y hasta algunas veces me parece poco.

—¡Cómo! — dijo, asombrada, Nadia.

—Sí, señora — terminó Mascha, riendo como una loca. — Aún le querría yo más largo y más gordo cuando lo siento dentro de mí.

Esta declaración dejó a Nadia pensativa.

Por la tarde visitó a su madre y a su hermano, que era capitán de la guardia imperial, haciendo lo posible para ocultarles lo ocurrido y excusar al conde, pues su familia no podía comprender cómo había abandonado a su joven esposa a los dos días de la boda.

IV

Algunos días después, Nadia recibió una carta de la baronesa Vera Stanitza, tía del conde Gregorio, en la que le manifestaba que, por encargo de su sobrino, iba a pasar algunos días en San Petersburgo al lado de su nueva sobrina, para que ésta no se aburriera en la soledad.

La baronesa Vera llegó de París, se instaló en el palacio, e inmediatamente se estableció una gran intimidad entre las dos mujeres, sin duda a causa del contraste físico que presentaban. Nadia, rubia, esbelta y de exterior frío; Vera, morena, de ojos ardientes y esculturales y abultadas formas.

A pesar de su título de tía, era una mujer de unos treinta y cinco años, en toda la plenitud de su fuerza y hermosura; una de esas mujeres que parecen dejar tras su paso una estela de voluptuosidad.

Pasada una semana, las dos mujeres se tuteaban, y Vera juzgó llegado el momento de dar a su sobrina las instrucciones amorosas que debía inculcarle. Una noche, tomando té, después de oír las confidencias de Nadia, que le contó las peripecias de su noche de boda, Vera le propuso acostarse con ella, para en el silencio de la alcoba

hacerle ciertas revelaciones dulces para el amor. Se acostaron en aquel amplio lecho, donde Nadia sólo había conocido el sufrimiento, y la baronesa, abrazándola tiernamente, la inició en el amor y la voluptuosidad.

—Oye, querida mía — decía. — El primer escollo para la recién casada, es la timidez que lleva al lecho conyugal. Sin esa falsa vergüenza, encontraría desde el primer momento gran gusto a las caricias del esposo, que son iguales a estas que ahora te hacen temblar.

Y mientras decía ésto, acariciaba con sus manos los pechos de Nadia, rozando sus pezones, y deslizaba su lengua entre los labios de la joven, haciéndole cosquillas en la boca.

—¿Te gusta ésto? — murmuraba. — Pues bien; haz lo mismo conmigo... Dame tu lengua... Más... que yo te la chupe...

Y después de hacer saborear largamente a la joven esta deliciosa comunión de bocas, la baronesa comenzó a besarle los hombros y la garganta, para concentrar al fin sus besos sobre los senos, al rededor de las puntas, que acarició amorosamente con el extremo de su lengua Vera chupó un buen rato las hermosas tetas de su compañera, haciéndola estremecer de gusto.

Ahora — continuó —, abre un poco tus muslos.

Nadia obedeció, y Vera, entreabriendo el chocho de la hermosa, separó los labios, apoyando en ellos los dedos índice y anular, mientras que con

el pulgar frotaba el clítoris, que se erguía titilante y ardiente bajo tan dulce presión.

Nadia gemía y suspiraba de placer.

—¿Te gusta?— interrogó la baronesa.

—¡Oh, sí, sí!— suspiró amorosamente.

—Dame, pues, tu boca... tu lengua... así: como yo.

Después, colocando el dedo medio en la abertura, lo introdujo con suavidad y lentitud en la vagina, a donde siguieron los otros dos dedos, empezando a moverlos en todos sentidos, mientras que el coñito, calentándose e hinchándose, se humedecía y estrechaba voluptuosamente.

Y la hábil iniciadora del amor empezó un ligero movimiento de vaivén, que producía en las paredes vaginales un dulce frotamiento, mientras el pulgar continuaba enardeciendo el clítoris, activando la fricción, cada vez más viva, más precipitada, más intensa, al mismo tiempo que imprimía a sus dedos un movimiento de rotación enloquecedor.

—¡Oh!, me vuelves loca—, balbuceó la condesa, en la que el delirio empezaba a dominar.

Todo su cuerpo se estremecía de voluptuosidad: sus piernas se abrían y se cerraban a impulso de rápidas contracciones, y sus brazos, que habían entrelazado a Vera, la estrechaban convulsamente

Por último, ésta aproximó el clítoris con fuerza y prolongadamente, y sus dedos, profundamente hundidos en el canal amoroso, se separaban, dila-

tando la vagina y penetrando hasta la matriz, lo que hacía enloquecer a Nadia, la cual, agitándose y retorciéndose, gritaba, desmayada de placer:

—¡Bastante! Me muero... me muero de gusto... es demasiado... Ay... ay...

Y se dejó caer sobre la almohada, desvanecida por el gusto de tan fuertes sensaciones, durmiéndose luego en delicioso sopor.

Al amanecer despertó entre los brazos de Vera. que la sonreía con amor, y abrazándola con efusión, la demostró con mil caricias su reconocimien to por la lección recibida.

La baronesa volvió a repetirla, prometiéndose que Nadia, más atenta a sus revelaciones y más dócil, se transformaría en mujer de verdadero *sprit,* una vez sus sentidos se despertaran al conocer los goces del amor .

Nadia escuchaba religiosamente las explicaciones que en términos claros, precisos y luminosos le daba la baronesa de la obra de la generación y fenómenos que la acompañan, del atractivo misterioso con que la naturaleza los ha adornado, de la conformación de los órganos genitales y de la parte activa que éstos toman en la procreación, insistiendo particularmente en la parte reservada a la mujer, para excitar y agradar a los hombres.

Tan admirable institutriz era la baronesa, que cuando hubo terminado, Nadia no ignoraba nada. Solamente para completar su iniciación en los misterios amorosos, le faltaba verlo por sus propios

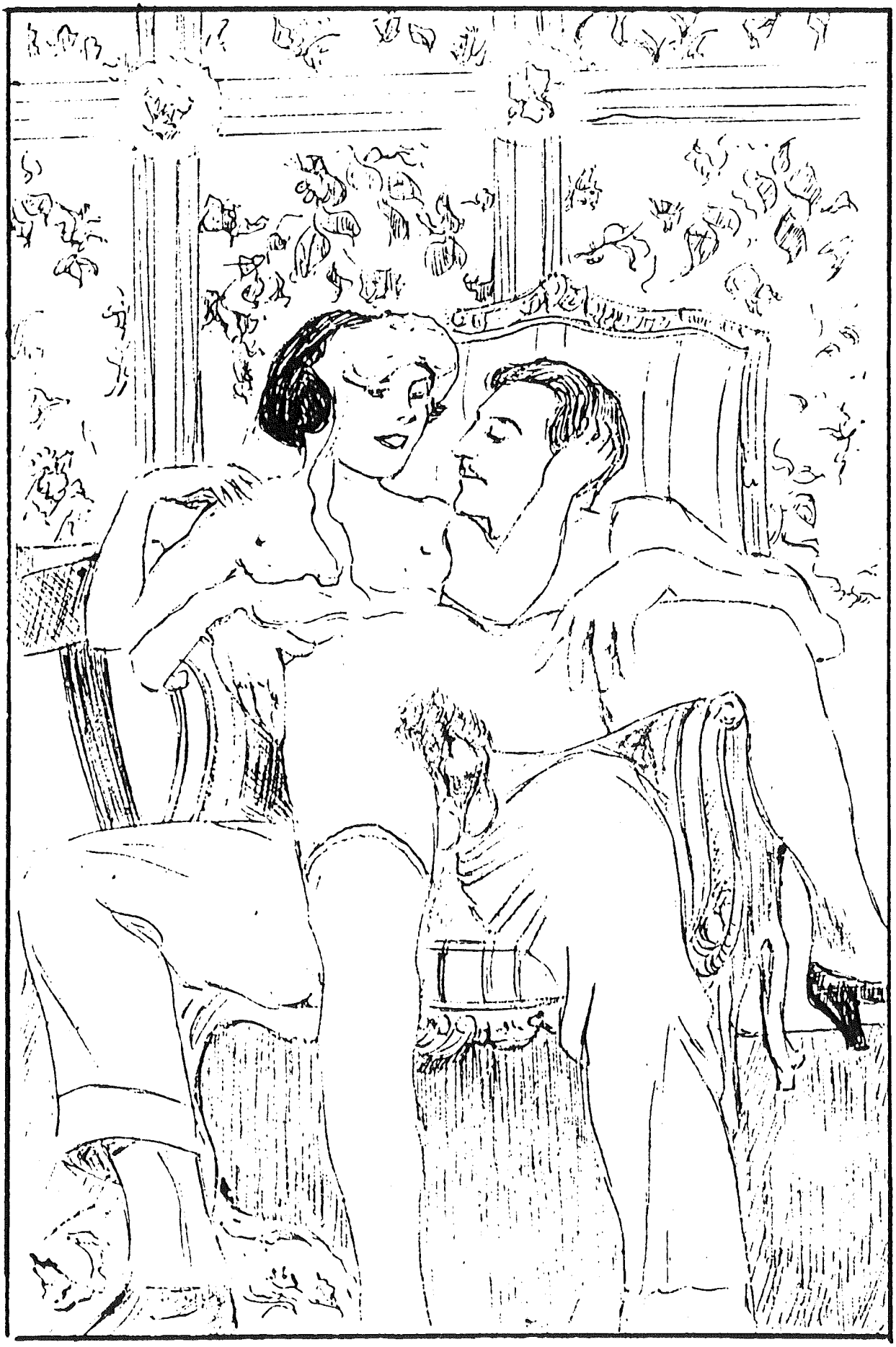
ojos, y el azar se encargó de presentarle la escena aquel mismo día.

Por la tarde, la condesa paseaba por el jardín, en tanto que su amiga salió al paseo cuotidiano. Nadia, deseando encontrarse sola, había pretextado estar indispuesta.

Deseaba reconcentrarse en sus pensamientos, recogerse en sí misma y revivir en sus impresiones de la víspera, para analizar las nuevas sensaciones que el despertar de sus sentidos había hecho nacer tanto en su espíritu como en su carne, y para reflexionar sobre los conocimientos que acababa de adquirir.

Retirada en un rincón del parque, donde estaba segura de no ser molestada, permaneció largo tiempo abstraída en sus pensamientos, abandonándose a todos los caprichos que le sugerían su imaginación y sus recuerdos.

Cuando se retiró a sus habitaciones, al pasar por la puerta de un saloncito reservado, donde el conde recibía a sus amigos, le pareció sentir ruido de besos y risas. Se detuvo al conocer la voz de Mascha, a la que respondía otra más recia y desconocida, la que parecía suplicar, mientras que la sirvienta respondía con enérgicas negativas. Por un momento Nadia estuvo tentada de entrar; mas la curiosidad de ver antes, la detuvo, y recordando que el salón tenía otra pieza vecina con una puerta vidriera, se dirigió a ella, y levantando ligeramente la cortina, miró al salón.



Era Mascha la que se encontraba allí. La voz recia y suplicante era la de su marido, que tenía a Mascha sujeta, y besándola, trataba de convencerla de que satisfaciese sus deseos en el momento, lo que motivaba las protestas de la joven.

—Estaremos muy bien aquí sobre este diván — decía Boris, señalando una larga otomana.

—¡No! ¡no! — respondía Mascha. — ¿Y si nos ven? ¿Si alguien viene?

—No tengas cuidado; los oiríamos venir... ¡Si tú supieras las ganas que tengo, mujercita mía!— continuaba Boris, mientras la apretaba entre sus brazos, besándola en el cuello, tras la oreja y en los ricitos de la nuca. — ¡Mira! ¡Mira! ¿Ves tu?... — repetía, tomándola la mano y colocándosela sobre una significativa protuberancia de su pantalón.

Mascha no se defendía sino ligeramente, y no rehuyendo los besos de su marido, acabó por calentarse y ceder.

El la llevó sobre el diván, donde se dejó caer anhelante de placer.

—Vamos, despacha pronto, ¡maldito!; sólo cedo por darte gusto.

Boris no se hizo de rogar, y tendiéndola sobre el diván, se puso de rodillas entre sus piernas abiertas, besándola el coño, mientras se desabrochaba el pantalón.

La condesa no perdía ni uno de sus movimientos, mirando con avidez.

Por primera vez pudo contemplar, aunque sólo por un instante, una polla en toda la expansión de su virilidad y fuerza. Pero sólo por un momento, pues Boris, tendiéndose sobre su mujer, introdujo su miembro en el coño de Mascha, la que suspiró de gusto.

Nadia hubiera deseado seguir de más cerca el curso de la amorosa operación; pero el lugar que ocupaba no le permitíia ver bien los detalles. Veía solamente la grupa de Boris elevarse y descender rápidamente, y los hermosos muslos de su doncella, que se abrían y se cerraban siguiendo los movimientos de su marido.

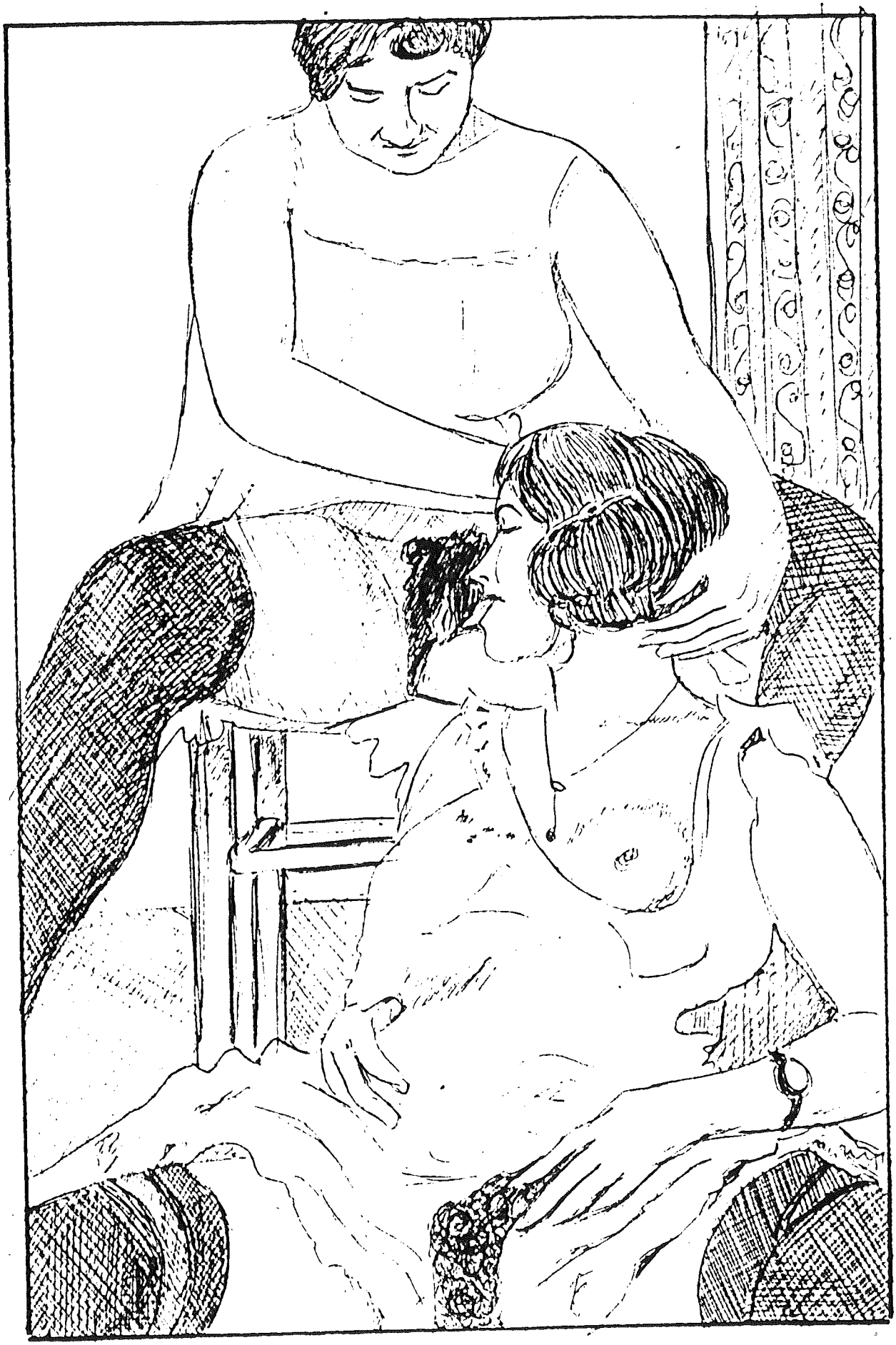
Percibía el ruido de los besos y la respiración ardiente de la joven, que ahora, abandonándose y entregándose de todo corazón, balbuceaba entre suspiros y frases entrecortadas:

—¡Ay, niño mío! ¡ay!... más aprisa...

Pronto la condesa vió a los dos esposos estrecharse con más fuerza, las nalgas de Boris agitarse nerviosamente, y después quedarse los dos inmóviles, apegados el uno al otro, agitados solamente por espasmos y convulsiones, mientras Mascha, con voz moribunda, repetía amorosamente:

—¡Me viene... me viene!...

Entonces, mientras los esposos cambiaban los últimos besos, se alejó Nadia a sus habitaciones, encendida la sangre, la garganta apretada, las arterias latiéndole con fuerza y ansiosa de verse inundada de caricias y voluptuosidad.



V

La condesa, bajo la dirección de Vera, completaba su educación amorosa y hacía tan singulares progresos, que resultaba digna discípula de su maestra.

No era ya la cándida y temerosa Nadia que conocíamos al principio de esta historia, tan pronta a ruborizarse, y que por su inocencia y sencillez habían molestado al conde en su experiencia y costumbres de hombre de mundo.

Si el general hubiese asistido a las lecciones de la baronesa, quizás hubiera encontrado el fin que él se había propuesto al pedirla que iniciara a la condesa en sus funciones y deberes de esposa.

No era solamente el A B C del amor lo que inculcaba a su discípula, ni las primeras y pálidas explicaciones que una madre o amiga dan a una joven ignorante, a fin de prepararla para la primera noche conyugal, sino que le descubría los más misteriosos arcanos, el arte de irresistibles voluptuosidades, revelándole los besos ardientes y profundos que multiplican y exacerban los de-

seos, los enlaces que entusiasman y enloquecen, las sutiles y excitantes caricias que hacen vibrar los nervios y hasta los tuétanos.

Con su inimitable ciencia lasciva, ella le hacía sentir cada día alguna nueva sensación, algún nuevo gusto, algún inédito espasmo.

Nadia la escuchaba encantada; su imaginación se llenaba de visiones lujuriosas; una llama ardorosa y sensual se encendía en ella y la hacía arder y aspirar a voluptuosidades desconocidas.

Cuando Vera la vió suficientemente preparada, cuando adquirió la certidumbre de que ningún rubor ni pudor la detendrían y que moría por nuevos deseos, por nuevas lujurias, la baronesa juzgó el momento oportuno de terminar su obra y recoger para sí el fruto de su trabajo, las voluptuosidades que se había prometido, de su amiga Nadia, descubriendo en su discípula disposiciones sensuales que ella misma había despertado con su hábil dirección.

La condesa estaba presta para el viaje a Lesbos, o sea la tortilla, que es adonde Vera había querido conducirla.

La baronesa, ardiente devota del placer, conducía a Nadia de delicia en delicia, por una sabia gradación de placeres, hasta el paroxismo de un deseo loco, desenfrenado, doloroso a fuerza de intenso.

Arrodillada entre las piernas de la condesa, que estaba sentada sobre una "chaise longue", co

menzó por cubrir de suaves y ligeros besos apenas determinados el precioso monte de Venus, cubierto de rubia seda, los pliegues ardientes de las ingles y la parte baja, redonda, y fresca de las nalgas. Después su boca se paró sobre los cerrados labios de la rosa del amor, pronta a abrirse a las caricias abrasadoras, su lengua separó los pétalos sonrosados, que se abrieron trémulos, y penetró en el cáliz perfumado para subir jugueteando hasta el pistilo amoroso.

Nadia había ya palidecido a este contacto ardoroso. Mas esto no era más que el preludio. Vera aumentó la fuerza de sus besos, juntando más íntimamente su boca a la abertura sexual, que encendía con su ardiente respiración, empezando un trabajo perfecto de las reglas y prácticas lesbianas. Su lengua y sus labios se agitaban tan pronto mordiendo dulcemente, como chupando con fruición los labios de la vulva; tan pronto su lengua húmeda y caliente se alargaba, penetrando y recorriendo todos los repliegues, como acariciaba con amorosas lamidas las aterciopeladas paredes del coño de la condesa, como se agitaba y golpeaba con su punta redonda, como el badajo de una campana, la punta amorosa Después se hundía en la caliente profundidad de la vagina, para terminar con grandes chupetones en el turgente clítoris, que Vera mordía y acariciaba amorosamente, aspirándolo en una succión ardiente y prolongada.

Nadia rugía de placer bajo caricias tan diabólicas que la enloquecían y la exprimían las entrañas, al mismo tiempo que la encendían con hálito febril. Sus nervios se crispaban sacudidos por estremecimientos galvánicos; apretaba convulsa entre sus piernas la cabeza de la tortillera, y el exceso de placer le arrancaba verdaderos gritos... La crisis final se aproximaba... Su coño, dilatado por los espasmos de un goce delirante, tuvo una venida ardorosa y abandante que inundó la boca, cara, garganta y seno de su maestra.

—¡Ay! yo me muero... me deshago... ¡basta, basta!... ¡que... me matas! ¡ay!

Vera se levantó, contemplando un instante con mirada de triunfo a su compañera, que pálida y desvanecida, había quedado extendida en su asiento. Después acercó su boca a la de la condesa, y dijo:

—¡Qué! ¿No has sido dichosa?

—¡Oh! Es demasiada felicidad... creí que iba a morir.

—Querida mía, monina—murmuró la tentadora con voz insinuante y acariciadora. —¿Quieres darme gusto tú a mí? ¿Quieres tú... a tu vez... darme... tus besos? ¡Cariño!

—¡Ay! yo no sabré...

—No es muy difícil... tú sabrás muy pronto... prueba solamente, querida; verás como tan dulce y sabroso es dar la dicha como recibirla... anda... ven.

Y Nadia, en la que los deseos empezaban a renacer, se dejó convencer fácilmente.

Por fin se decidió, y se puso a su vez entre las piernas de la baronesa, la que con sus dos manos separaba el espeso follaje de sus pelos, ofreciendo a los besos de su amiga su roja gruta abrasada de deseos.

La condesa puso su boca y empezó a besuquear tímidamente. Pero pronto sus caricias, débiles e indecisas al principio, se acentuaron bajo los impulsos de Vera, que la dirigía, la excitaba y la animaba con sus movimientos y contorsiones, siempre en aumento, y que debían concluir por llevarla al éxtasis final.

—Lame fuerte... más... mete la lengua más adentro... anda... anda... chupa... más aprisa... así... así... no te pares, cariñito... ¡ay!... ¡ay!... ¡ay!...

La baronesa tuvo su gusto, y al fin recogió el fruto de sus hábiles lecciones.

Nadia volvióse insaciable. Noches enteras las dos tortilleras las pasaron desnudas en una orgía furiosa, entrelazados los cuerpos, revolcándose en el suelo, jadeantes e insaciables, extenuadas por espasmos continuos y compartidos, en los que Nadia, al final tan diestra como su iniciadora, en ardientes entusiasmos le devoraba el coño. Y así rodando y retorciéndose, chupándose y mordiéndose en frenéticas convulsiones, quedaban desfallecidas, desmayadas, mas no satisfechas.

De pronto la baronesa hubo de partir a París, donde la llamaban intereses considerables de fortuna, y Nadia se encontró sola de repente.

Esta soledad le pareció insufrible.

Estaba habituada a la sociedad de Vera, a los paseos diarios que hacían juntas y que rompían la monotonía de los días, a las conversaciones en las que la baronesa la alegraba y la aturdía con su charla parisién, contándole anécdotas, pequeñas intrigas y las mil futilidades de la vida mundana, en la que ella se mezclaba en ese París que ejercía sobre la condesa su misteriosa atracción y del cual deseaba estar siempre hablando.

La ausencia de su amiga dejó un vacío inmenso en su alma. Mas lo que sobre todo le faltaba, eran sus caricias, la expansión ordinaria a la sed de lujuria que la baronesa encendió en su carne y que ella no acertaba a apagar.

Sola en el ancho lecho en que las dos habían mezclado sus lascivos cuerpos, Nadia palpitaba al recuerdo de las ardorosas desnudeces de su amiga, y se consumía en deseos no satisfechos.

Algunos días después de partir Vera, hojeando un libro cuya lectura había dejado interrumpida, la condesa encontró la carta que su marido escribió a la baronesa.

—¡Ah, señor marido!—dijo entonces—, usted encuentra tonta a su mujer... Bien ha hecho la baronesa en prevenirme... Espero que cambiará usted de opinión bien pronto, señor marido. Verá

usted como no soy, tan simple como usted me trata... que mi "educación" es completa y que si hasta hoy os he sido indiferente, la indiferente y la que va a burlarse seré yo.

Este incidente, excitando su amor propio, herido por el abandono con que el conde la trató, despertó en ella el deseo de estar a su lado.

No tuvo desde entonces otra idea que tomar la revancha lo más pronto posible, reconquistar a su marido, enlazándolo con sus caricias, hasta tenerlo humilde y arrepentido a sus pies implorándola perdón.

Para lograr todo ésto, precisaba ir a buscarle, y Nadia, recordando las palabras y consejos de su hermano, corrió a su casa y le propuso la acompañara al lado de su esposo.

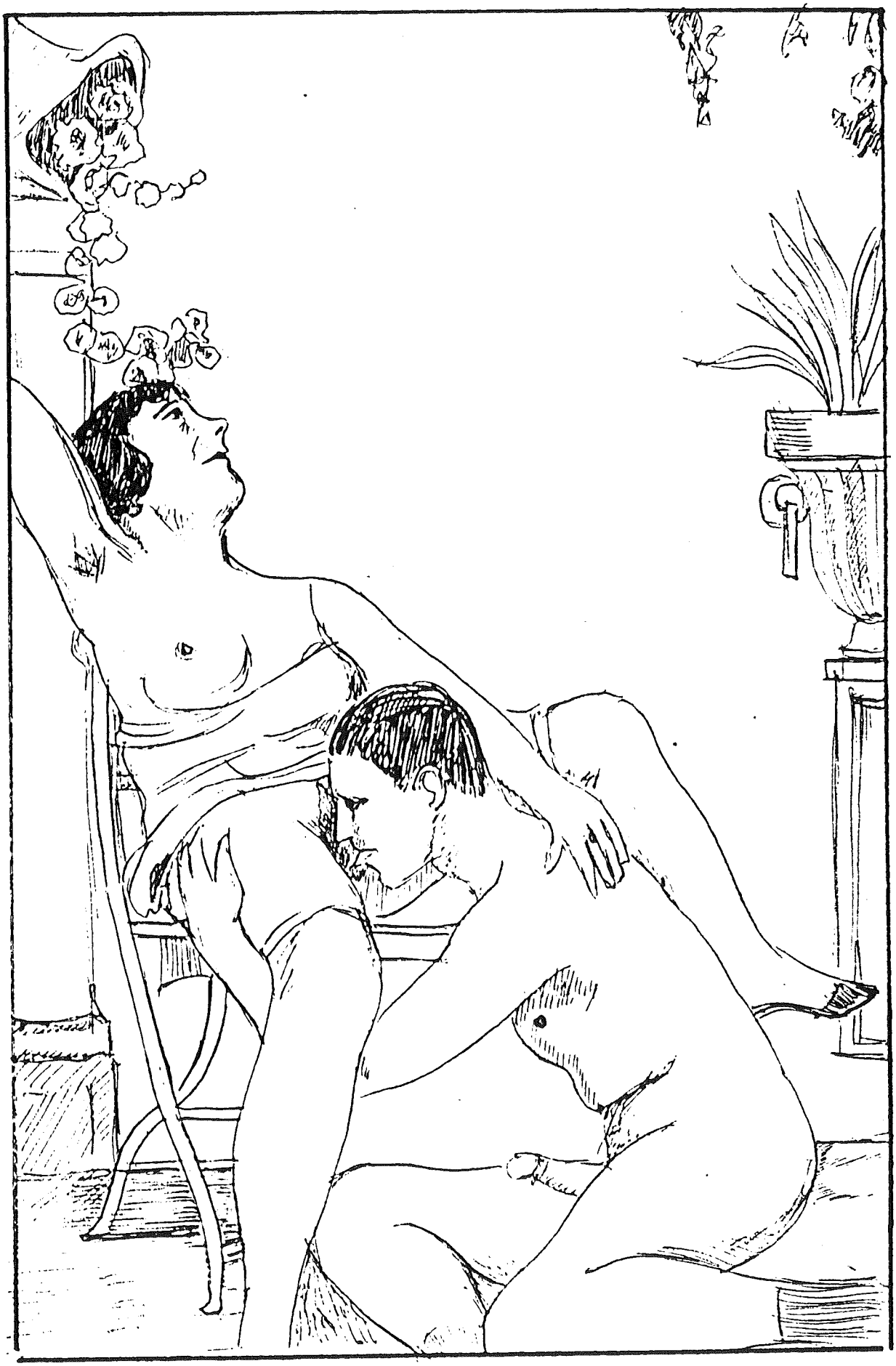
—Estoy a tus órdenes—repuso éste—; cuando tú quieras.

—Lo más pronto posible; ¡mañana!

—¡Oh! Eso es muy precipitado. Pero, en fin, ¿tú estás decidida? Porque debo decirte que en este viaje hay dificultades bastante desagradables. Hasta la frontera rodamos sencillo, tenemos el tren; pero luego es preciso atravesar en imposibles vehículos países casi salvajes, y conformarnos con alojamientos en los que faltará lo más preciso y confortable.

—No importa. Quiero partir cuanto antes.

—Perfectamente. Pero es preciso tomar nuestras disposiciones, preparar nuestra llegada. Co-



nozco uno de los oficiales de cuarto del general, le informaré de nuestra llegada, y él avisará al conde en tiempo oportuno para...

—No, nada de eso. No quiero que el conde se entere. Escribe a tu amigo para que nos espere, y nada más. Una vez allí, yo me encargo de lo demás.

—Como tú quieras; en ese caso, con el tiempo material para nuestros preparativos y pedir el permiso que me es indispensable, tenemos bastante. Dentro de ocho días podremos partir. ¿Te conviene?

—Sí; te suplico procures no retardarlo ni un día.

Ocho días después de esta conversación, Nadia y Miguel tomaban el tren que les dejó, después de cuatro días de trayecto, al pie del Cáucaso.

VI

El viaje se determinó sin incidentes. Antes de entrar en X, mandaron un propio a prevenir al teniente Fédoroff de su llegada, el que se apresuró a visitarles y les introdujo en el pueblo.

Nadia le manifestó cuál era su deseo de introducirse cerca del general sin darse a conocer.

—Es muy difícil—dijo el teniente.— Es preciso presentarnos al jefe de policía, y una vez conocida vuestra presencia...; será casi imposible conservar vuestro incógnito y sobre todo vuestra independencia. Además, no puede pasar mucho tiempo antes de que tengáis ocasión de encontraros con el general. No veo más que un medio de llegar al fin que usted se propone; pero no me atrevo a proponerlo.

—Venga, venga—dijo la condesa.

—Como usted quiera. Es por medio de la señora Schwartz, la dueña de la única casa "non sancta" o de pensión, en fin, de lenocinio, que hay aquí. Nadie se preocupa de las mujeres que ella recluta, y cualquier noche que cenemos con el general,

pediremos las pupilas de la señora Schwartz, y usted puede venir con ellas y llegar pronto cerca del general. Pero como le he dicho, es preciso domiciliarse allí o, de lo contrario, la policía enterará al general.

—Aceptado—respondió la condesa.— Solamente pido no ser mezclada entre las pensionistas de esta casa.

—Desde luego—dijo Fédoroff.

Nadia, contenta de ver cumplido su deseo y satisfecha del medio que empleaba y que completaba sus planes de seducir a su marido sin que la conociera, se hizo instalar en casa la Schwartz. que le arregló una pequeña habitación independiente del personal femenino de la casa, al que sólo vió una vez al entrar.

Al cabo de tres días, Nadia estaba aburrida e impaciente en su voluntaria prisión, ardiendo en deseos de salir de allí.

Una tarde en que estaba furiosa y desesperada de impaciencia, le pareció oír en la habitación inmediata una conversación, y deseando distraer su aburrimiento, se puso a escuchar, y interesándose en lo que oía, sintióse poseída de irresistible curiosidad, y se puso a buscar alguna rendija o sitio por donde ver lo que pasaba en la habitación vecina.

Buscando por las paredes de madera, encontró a cierta altura un agujero en una tabla, ancho, redondo, de un nudo que había saltado de la made-

ia, lo que le explicó la claridad con que se oía la conversación. Subió sobre una silla y miró por aquel orificio. Su vista penetró en una sala tapizada de alfombras con ramajes multicolores y amueblada de largos divanes con almohadones.

En la pared, frente a su observatorio, una puerta pequeña y baja constituía la entrada en la pieza. La luz se filtraba al través de una ventana ojival, cubierta de cristales de colores. Los únicos muebles que pudo distinguir, además de los divanes, era una pequeña mesilla octogonal, incrustada de ébano y nácar, llamada "scomléh", en el país.

Sobre uno de los divanes estaban recostadas dos mujeres: la una rubia, alta y de formas redondas y abultadas; la otra pequeña y muy morena, tan joven, que apenas contaría los quince. Estas dos mujeres no pertenecían al personal de la señora Schwartz, y vestían como las mujeres del pueblo.

Nadia oyó como la más joven decía a su compañera:

—Entonces, ¿nos dará cuatro rublos a cada una?

—Sí; es lo que da siempre. Pero los hace ganar; ya verás... Creo que ya está ahí.

Se abrió la puertecilla, y un hombre pequeño, viejo, de unos sesenta años, apareció en el dintel. Vestía como los mercaderes ricos del país: gorro de astrakán alto y puntiagudo y larga bata de seda, que le llegaba hasta los pies, los que calzaba

con botas de cuero amarillo. Su cara, angulosa y deprimida, de boca grande y delgados labios, sobre los que asomaba una nariz aguileña y puntiaguda, tenía un aspecto sensual y repulsivo, que aumentaban sus ojos grises y pequeños, hundidos en las órbitas, de los que se escapaba un relámpago de lujuria extraño y feroz.

La joven rubia y gorda se levantó y corrió a abrazarle.

—¡Ah! ¡Eres tú, Mina!

Y dirigiéndose a la morena, preguntó:

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Marfá—respondió la interpelada.

—¡Bien! ¡Bien!... Conque tú quieres hacer amistad conmigo, con el rico Pepoff... Bueno, pues andando, porque hoy tengo que hacer. Podéis desnudaros.

Las dos mujeres obedecieron, empezando a desnudarse, mientras él hacía lo mismo.

Cuando estuvieron completamente desnudas, se sentó el viejo en el diván, y las dos mujeres se colocaron derechas delante de él.

Mina, blanca y gruesa, de robusta garganta y ancho pecho con hermosas tetas, tenía los muslos blancos y redondos, caderas anchas, el culo abultado y durísimo, y el vientre liso y satinado, adornado de una espesa peluca dorada. Marfá, más pequeña, no ofrecía tanta exuberancia. Sus caderas no tenían el desarrollo de la mujer formada por completo, sus muslos conservaban las ligeras

curvas de la adolescencia; pero su conjunto, con sus carnes del color del ámbar, tenía una delicadeza y una pureza de formas admirables, y sus pechos, sobre todo, firmes y tiesos parecían dos peras adornadas por un capullito rosado. El viejo Pepoff, como él mismo se nombraba, las examinaba y acariciaba una tras otra. Sus manos y su boca pasaban de las tetas robustas y gruesas de Mina, a los pechitos de su joven compañera.

—Vaya—dijo Pepoff—, vamos a hacer trabajar a la pequeña.

Y cogiendo a Marfá, la tendió al través sobre sus flacas piernas, y dijo a Mina:

—Tú, lámele el coño.

Mina puso su boca en las partes sexuales de la joven, y empezó a lamerla con una habilidad de maestra; en tanto el viejo sobaba y recorría con sus manos todas las partes del cuerpo de Marfá, espiando en sus ojos los primeros síntomas de placer. Bajo la ardiente caricia de Mina, que con los labios y la lengua le devoraba su joya, la joven se sintió desfallecer de gusto, sus ojos se velaron en dulce languidez, sus pequeños pechos palpitaban trémulos y su garganta dejaba escapar amorosos suspiros.

—¡Ah, la pequeña, y cómo le gusta!—dijo Pepoff.

Entonces de una cajita colocada sobre el "scomléh", cogió un alfiler largo y de punta afilada, con el que se puso a picarle y hacerle cosquillas en las

partes más sensibles de Marfá, en la axila, en las satinadas carnes del pecho, en la región lumbar, buscando con sibarítico placer las partes nerviosas, y recreándose atormentando y punzando los pezones del pecho de la joven, que se estremecía, a la vez que del dolor de tal martirio, del placer de las ardientes caricias de Mina. Este trabajo lujurioso electrizaba a la joven bajo una excitación nerviosa y espasmódica, de una voluptuosidad delirante. El viejo continuó su trabajo, colocando además su boca en la de Marfá, dándole la lengua, lo que acabó de exasperar sus deseos y precipitar el espasmo. En el mismo instante en que el supremo momento arrancaba un suspiro de placer que escapaba doloroso de entre sus labios entreabiertos, el viejo Pepoff clavó con certera mano el alfiler en un pezón de la joven, la que no pudo contener un doloroso grito.

La cara cínica del viejo sátiro tomó una expresión lúbrica y sarcástica. En sus ojos brillaba una llama de feroz lujuria, y quitando el alfiler del pezón de la joven, que quedó adornado de una pequeña gota de sangre, se puso a chuparle con avidez de niño hambriento, recreándose y saboreándolo en larga succión.

Luego llegó a Mina su turno, la que, acostumbrada a los gustos del viejo, se extendió boca abajo sobre las piernas de Pepoff, que le introdujo un dedo en el coño y otro en el culo, maniobrando y moviéndolos con ligereza en las dos aberturas,



mientras con la otra mano pellizcaba, cosquilleaba y retorcía sus carnes, buscando sus nervios, sus tendones con rabiosa ferocidad, hasta que, loco y babeando, se puso a morderle en las blancas y abultadas nalgas.

A pesar de la lubricidad de esta doble escena, sus seniles aparatos de generación no mostraban ningún signo de virilidad, permaneciendo arrugados y mustios.

Pepoff, exasperado, comenzó a flagelarlas. Las dos mujeres se colocaron sobre el diván, la una al lado de la otra, los culos al aire, y el viejo, con agilidad y entusiasmo, extraños en su senectud, se puso a golpearlas, armado de un manojo de juncos. Los golpes, dados con fuerza y rapidez, caían con igual furia y vigor lo mismo sobre los robustos y anchos globos del trasero de Mina, que sobre las delicadas redondeces del pequeño culo de su compañera. A éstos siguieron otros azotes certeros, dirigidos entre las piernas de las dos mujeres, que sentían en sus coños abiertos y ardientes los dolorosos golpes que continuaron fustigando los muslos, las nalgas y todas las partes carnosas hasta enrojecerlas.

Cuando no pudieron resistir aquel suplicio, cuando sus cuerpos se retorcían y temblaban todos sus músculos, evitando tan crueles choques, tiró Pepoff los juncos y se puso a lamer y cubrir de apasionados besos las carnes que acababa de martirizar.

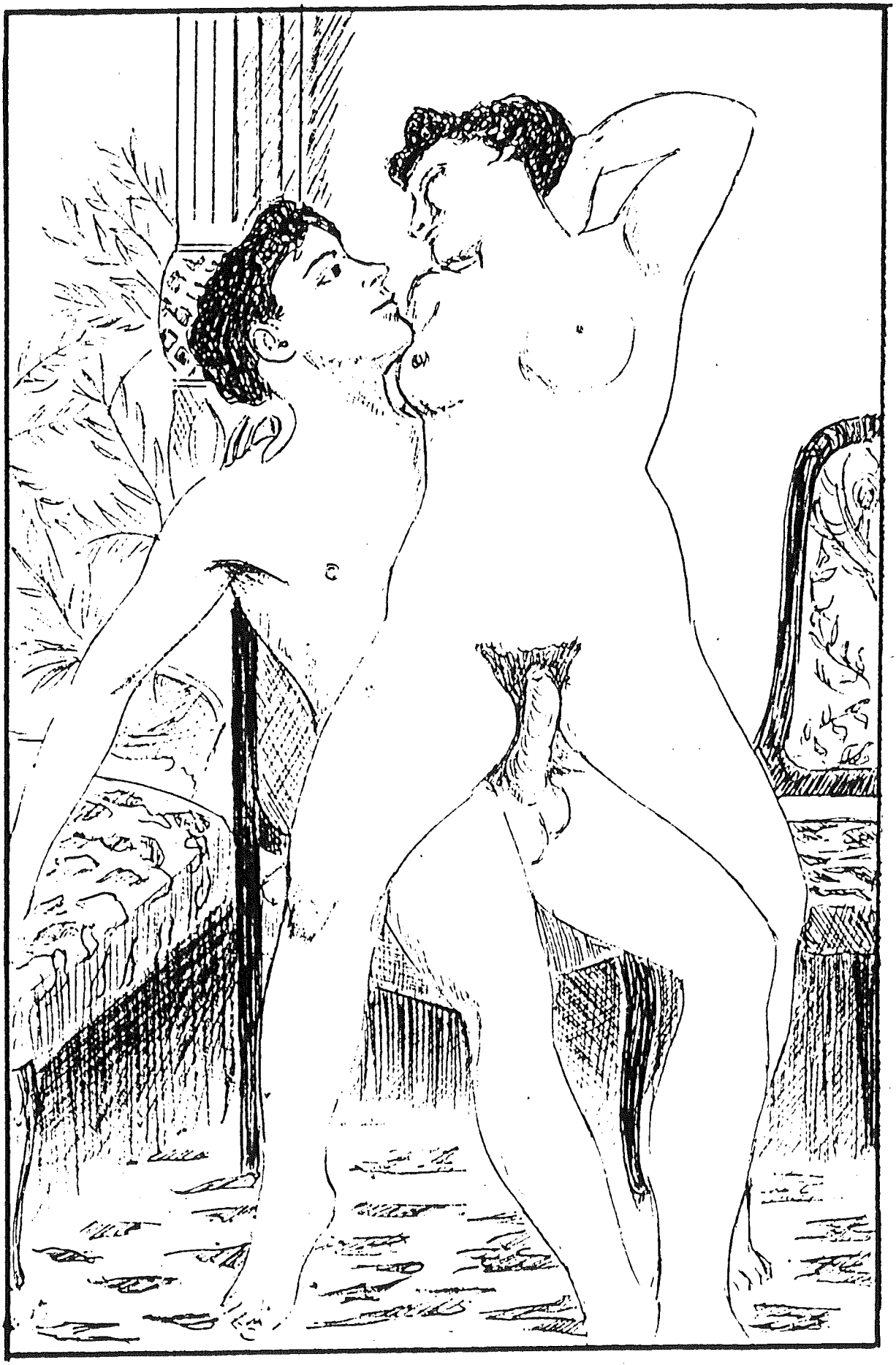
Luego quiso él ser azotado también, y mientras Marfá le golpeaba, Mina, puesta entre las descarnadas piernas del viejo, lamía y chupaba su lacio e impotente miembro. Mas en vano la joven se afanaba por enderezar aquel miembro raquítico e inútil, lamiéndolo y chupándolo con sus sabrosos labios; en vano lo titilaba con su aterciopelada lengua y lo envolvía con su caliente saliva, lo aspiraba, bombaba y tiraba de él o se lo metía todo en su ardorosa boca, mascullándolo y succionándolo hasta morderle. Quedaba siempre insensible, adormecido, arrugado y plegado sobre sí mismo, como avergonzado de su impotencia.

—¡Cambiaos, cambiaos! — gritó, sofocado, el viejo.— Tú, Marfá, reemplaza a Mina, y tú toma las varas y da fuerte.

La joven manejaba los juncos con más vigor que la débil Marfá, y bajo sus decididos golpes. empezaron a tomar color las nalgas del viejo sátiro, que sentía renacer y revivir sus deseos vitales.

La irritación que le producía la flagelación. repercutía en sus órganos generadores, haciendo afluir en ellos la sangre y el escaso calor de sus venas, y su pieza comenzó a hincharse en la boca húmeda de Marfá, a levantarse y enderezarse, endureciéndose poco a poco, hasta llegar, en fin, a la completa erección.

A cada golpe que caía sobre sus nalgas, Pepoff avanzaba su vientre y metía con fuerza su ya vivo



dardo hasta la misma garganta de Marfá, que lo envolvía con su calor.

—¡Bastante!—ordenó el viejo.

Y cogiendo a la pequeña Marfá, la hizo colocar sobre varios almohadones puestos en un diván, y arrojándose sobre ella, pasó su lengua varias veces por su papo y por la ranura que formaban las nalgas, deteniéndose y lamiéndole el orificio del culo. Después, apuntándole a la entrada trasera con su pieza, empezó a empujar con esfuerzos superfluos e inútiles el estrecho conducto, virgen aún de las prácticas sodomíticas.

Mina acudió en su ayuda, y cogiendo con su boca la cabeza del pene, lo cubrió con una capa de saliva, humedeciendo también el culo de su amiga, y dirigió y colocó en su puesto la delgada pieza de Pepoff, que volvió a apretar, mientras Mina separaba con sus manos las nalgas de Marfá.

A fuerza de repetir la maniobra, las carnes comprimidas de la joven empezaron a ceder y dilatarse poco a poco, abriéndose el culo, como la flor abre su cáliz, bajo la presión del miembro de Pepoff, que lo sentía hundirse en el caliente agujero.

—¡Ah! ¡Ya entra, ya entra!—exclamó él, entusiasmado.

Y cogiéndose a las caderas de la joven, arqueó sus piernas, y reuniendo todas sus fuerzas, de un solo y vigoroso impulso, hundió su verga en las

entrañas de Marfá, la que no pudo contener un pequeño grito de dolor:

—¡Ay! ¡Que me hace daño!

El largo y estrecho cilindro acababa de perforar y de penetrar algunas pulgadas, desgarrando y dilatando los bordes de la abertura del culo y distendiendo sus paredes.

—¡Ya está! ¡Ya está!—exclamó Pepoff, con entusiasmo.

Y mientras Marfá contenía sus gemidos, él tranquilamente terminó la introducción, siguiendo con lúbrica mirada sus progresos hasta que fué completa y su miembro hubo desaparecido todo entero en el cuerpo de la joven.

—¡Hasta los huevos, mi pequeña! ¿Te gusta? ¿Lo sientes? ¡Estoy metido en ti... hasta las entrañas!—exclamaba, lleno de lujuria, con la boca rebosante de viscosa baba.

—Tú, Mina, por detrás y aprisa.

Entonces, violentamente excitado con los tocamientos de la gorda, que arrodillada detrás de él le manoseaba las piernas, le acariciaba la flácida bolsa y con su lengua dura y carnosa le producía cosquilleos espasmódicos que le agitaban nerviosamente, su priapo iba y venía, entraba, se hundía y se retiraba para volver a meterse otra vez. En fin, tras una violenta expansión, su vientre se apegó a las nalgas de la muchacha, su miembro quedó inmóvil en el canal que le servía de vaina, y mien-



tras lanzaba con pena algunas gotas de esperma en los intestinos de Marfá, el viejo sátiro, encendido de júbilo y radiante de su triunfo, rugía, delirante:

—¡Bravo, bravo! ¡Ya descargo! Corre mi leche en tu culo... hasta el fondo... ¡Bravo, bravo!

VII

La condesa dejó su sitio de observación, anhelante de lujuria.

Las extrañas escenas que acababan de pasar ante ella, las aberraciones de que había sido testigo, además de haberle causado una estupefacción mezclada de disgusto, habían concluído por excitar en ella una curiosidad y un ardor sensual que se convertía en un frenesí lascivo.

Un temblor nervioso se había apoderado de ella, sus piernas flaqueaban sin poderla sostener, y casi desfallecida, se arrojó en un sofá, en donde permaneció extendida, los ojos cerrados, la respiración fatigada, el pecho oprimido y lleno de suspiros y angustias sofocantes que apretaban su garganta, y llena de estremecimientos que recorriendo todo su cuerpo, la hacían desvanecer en vago desmayo.

Su cerebro, sobreexcitado por el espectáculo, se llenó de lúbricas imágenes. Veía a su alrededor los cuadros a que había asistido, mezclados con recuerdos de otras visiones que pasaban rodando en derredor suyo, o se precipitaban sobre ella,

obligándola a ceder a sus infames ataques, y a prestar todas las partes del cuerpo a sus monstruosos y múltiples ayuntamientos. Por una especie de alucinación erótica, se figuraba ella ser a la vez la instigadora, la heroína o la víctima de una infernal orgía, en que implacables e insaciables atletas se relevaban sin cesar sobre su vientre, entre sus piernas, precipitándose después todos juntos sobre ella en grupos extraños y fantásticos, atacándola sin compasión por todas partes, hundiéndole el vientre, desgarrándole las entrañas y ahogándola con sus gigantescos falos.

Poco a poco, pasó tal locura lujuriosa, y sus nervios se calmaron, aflojándose y distendiéndose.

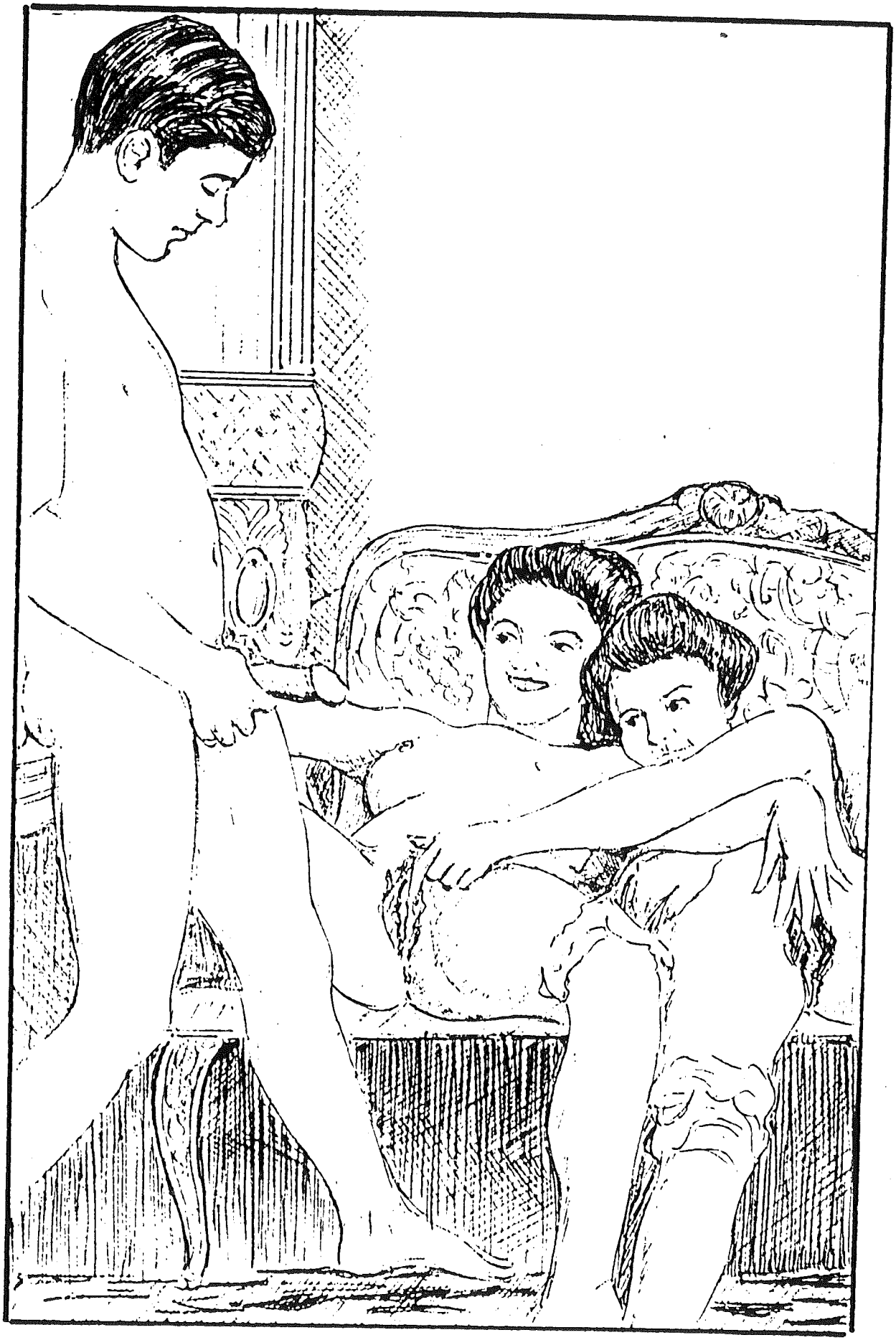
Mas la fiebre de deseos continuaba abrasándola, cuando la previnieron que aquella noche irían a casa del general.

Por eso la vimos temblar y retorcerse de voluptuosidad entre los brazos del conde, cuando al entregarse a él, antes de darse a conocer, se vió inundada por sus ardientes caricias.

El general, después de despedir a sus convidados, corrió al lado de Nadia, que le esperaba desnuda y palpitante de deseos.

Fué una noche de locura voluptuosa, en que los dos esposos, entregados por completo al placer, inventaron cuanto pueden idear dos amantes para exacerbar y perpetuar las delicias de la posesión mutua.

A fin de reavivar los deseos, que el exceso y la



repetición del placer debilitan, se ingeniaban por encontrar nuevas posiciones, nuevos y complicados enlaces, posturas excitantes y actitudes lascivas que les incendiaban la sangre y los hacía estrecharse con nueva furia.

Por último se durmieron en apretado abrazo, anonadados y sumidos en deliciosa laxitud.

Un beso despertó a la condesa. Gregorio, arrodillado a su lado, acababa de depositar en su boca un ósculo ardoroso y apasionado. La joven abrió sus ojos, velados lánguidamente por las dulces fatigas de la noche pasada, y le devolvió su beso, fresco y amoroso. Así estuvieron largo rato, labios sobre labios, fijos los ojos, en tanto que sus lenguas se buscaban y se unían en sabroso contacto. El conde dejó la boca de su mujer para llenarle el cuello y los hombros de besos sonoros, que la inundaban de gusto y placentera risa; luego sus besos, más dulces, más calientes, recorrieron las redondeces de los senos, deteniéndose y acumulándose en la cima rosada de las dos montañas de nieve tibia y palpitante de sus tetas.

—¡Oh! Voy a comerte a besos — murmuró Gregorio.

Le besó entusiasmado sus caderas y vientre; su boca continuó besando y lamiendo sus carnes entre la sedosa y fina peluca rubia del monte de Venus, metiendo luego su cabeza entre las piernas de Nadia, aspirando el perfume enebrante que despedía su coñito dorado y reluciente, y cogien-



do, por fin, entre sus labios ardorosos, los labios más ardientes y encendidos del papo de su mujer. Piadosamente entreabrió aquel santuario del amor con sus labios, imprimiendo un largo beso, internando su lengua en la caldeada cámara, recorriendo todos los repliegues y sinuosidades con sibarítica delicia.

Esta caricia decisiva recordó a la joven las impresiones recibidas con la baronesa, la primera vez que ella sintió que una boca amorosa se ponía sobre su chocho. Empezó a palidecer y temblar, suspirando de gusto y voluptuosidad, y durante algunos minutos se abandonó a tan deliciosa sensación, que cada vez tomaba más viveza e intensidad.

Gregorio, que sentía sus estremecimientos de placer, acentuó la dulce fricción de sus labios y el movimiento de la lengua. Pasó sus manos bajo los muslos de Nadia para apoyar más firmemente su boca sobre el chocho, y levantando su cuerpo, se colocó encima, enlazándola con sus piernas.

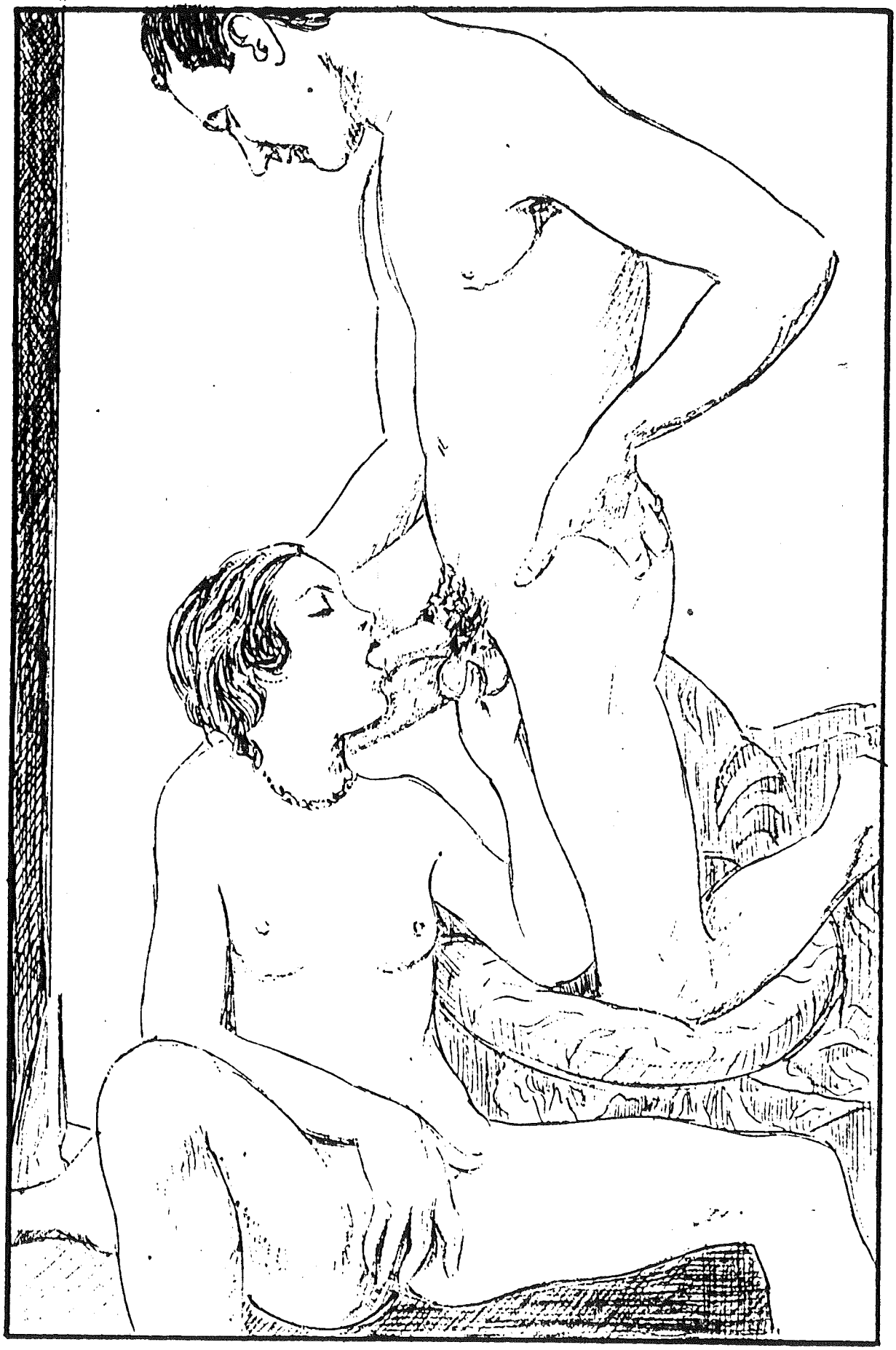
Entonces vió ella sobre su cara, tocándola casi, el tieso carajo, erguido, con la rigidez viril de la potencia; lo cogió con la mano, apuntándolo dulcemente, y lo rozó con un tímido beso, a cuya sensación adquirió la dureza del hierro, y poco a poco, cariñosa y enardecida, empezó a juguetear en la punta con su lengua, acariciando y lamiendo los contornos del glande hasta cogerlo y oprimirlo delicadamente entre sus labios.

Repentinamente, Gregorio, con movimiento rápido, hundió su priapo en la boca de su mujer. Ella tuvo un momento de excitación, de repulsión instintiva, y se hizo atrás por un instante; pero las caricias del conde, cada vez más vivas, más ardientes, la enloquecieron, y dejándose llevar del delirio que invadía todo su ser, se puso a chupar con frenesí el turgente y robusto dardo.

Pronto la voluptuosa Nadia se abandonó a los espasmos del placer, y su chumino dejó escapar su caliente jugo. En el mismo instante, sintió ella en su boca una inundación acre y abrasadora que rebosaba por sus labios; quiso separarse, substraerse a esta irrupción; mas el priapo, hinchado y tenaz, hundido hasta el fondo de su garganta, le impidió todo movimiento, clavándola sobre la almohada mientras lanzaba repetidos chorros de su eyaculación.

Cuando se vió libre de aquel caño carnoso que la ahogaba, se arrojó sobre Gregorio, y poniendo su boca llena de esperma sobre la de su esposo, la llenó con su jugo, mientras le decía amorosa:

—¡Oh! Para los dos; para ti también...



VIII

Los subordinados del general asistieron al banquete de despedida que en nombre de su mujer les ofreció él mismo.

A los cumplimientos y homenajes de los oficiales, respondía la condesa con su amable y encantadora modestia.

Durante la comida, la conversación fué acompasada y ceremoniosa, animándose al final, hasta terminar a los postres en una baraúnda endemoniada.

Uno de los convidados propuso beber a la salud de la condesa, eligiendo un *toloumbach,* o presidente del banquete, al mejor bebedor.

Colocáronse delante del *toloumbach,* que por aclamación se designó al teniente. Fédoroff, tantos vasos como convidados, y cada uno de ellos brindaba y vaciaba su vaso, mientras Fédoroff hacía lo mismo con el suyo.

Precisaba tener un estómago a prueba de champagne para resistir sereno la presidencia del *toloumbach,* y cumplir con su cometido; pero Fédo-



roff apuró sus vasos, y haciendo uso de sus derechos, hizo beber luego tantos como quiso a los demás.

La fiesta continuó animándose, y la condesa propuso a su marido retirarse antes que terminara en la orgía acostumbrada.

El general entonces les dió la despedida, ofreciéndoles sus servicios en San Petersburgo, a donde llegaron ocho días después en compañía de Miguel y el teniente Fédoroff, que quedó al servicio del general.

Nadia, una vez en su casa y segura de su marido, al que dominaba por completo con sus arrebatos de lujuria, tuvo deseos febriles de más deleite, de más voluptuosidad. Ansiosa de venganza por el primitivo desprecio de su marido para con ella, no le concedía sus favores más que de tarde en tarde, obligándole antes, cuando le veía loco de excitación y deseo, a todos sus caprichos y lujurias. Su mayor placer era verle arrastrarse por el suelo a cuatro patas como un perro, mientras ella, desnuda, le excitaba con su belleza y le obligaba a seguirla lamiéndola todo el cuerpo las piernas, el chumino y sobre todo el culo, que ella abría con deleite al fresco contacto de la lengua del conde.

Pronto esta continuación de gusto, esta repetición del mismo acto, le produjo un vicio especial, un gusto sibarita y raro; no deseaba más que verse lamida, chupada, mamada en todo su cuerpo y

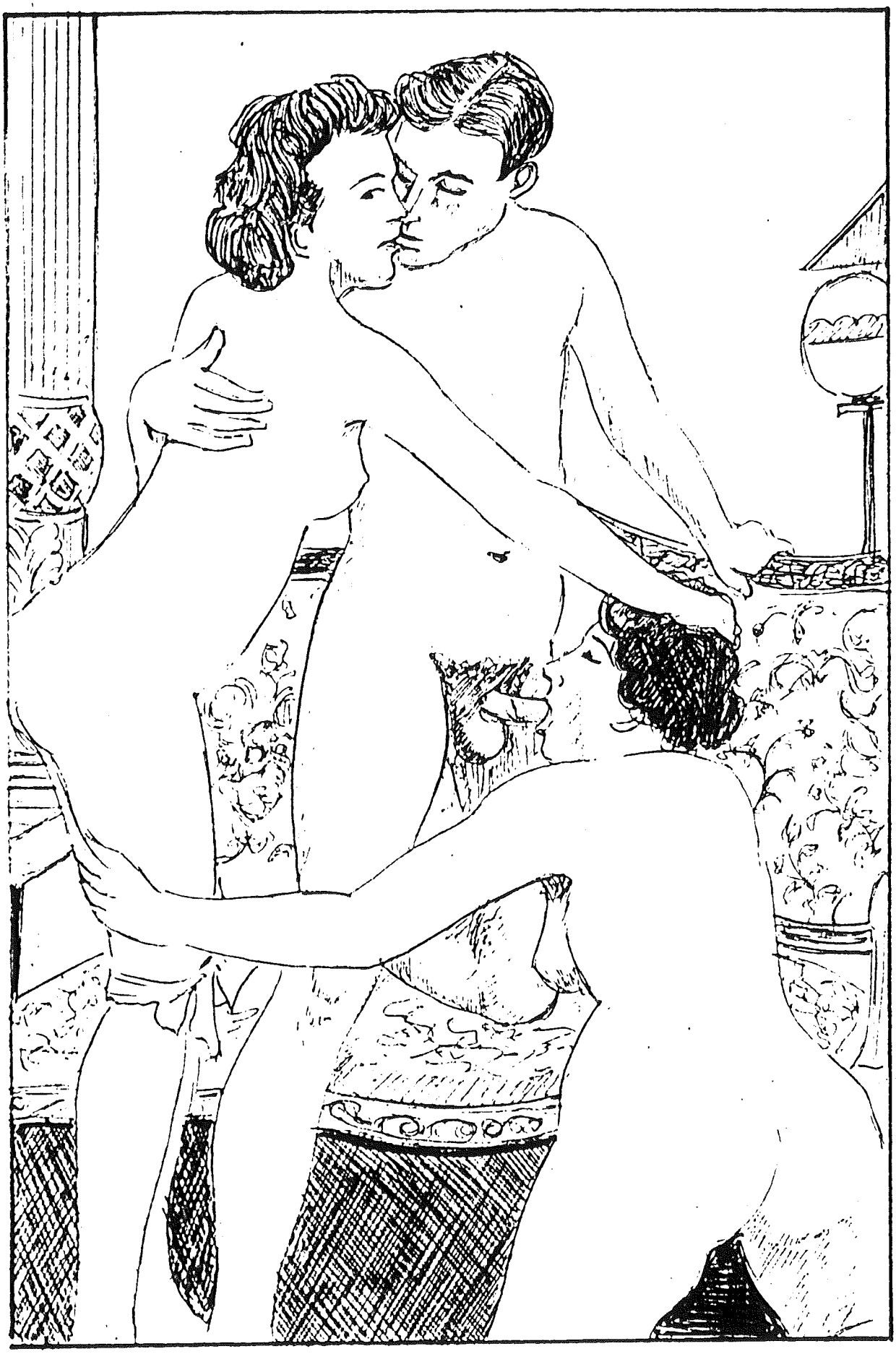
en todo momento; y atrofiando sus demás sensaciones, no se entregaba hasta que toda su piel no había sentido el contacto de la lengua.

Una noche, después de una brillante recepción en que solicitada por muchos de los convidados, entre los que repetía sus sonrisas y esperanzas, se retiraba a sus habitaciones, encontróse con Fédoroff, que, como en la frontera del Cáucaso, fué aquella noche el que sostuvo en su casa el toloumbach.

El teniente estaba borracho como una sopa, sus ojos despedían un fuego de feroz deseo, y la condesa, a quien no desagradaba la brutalidad natural de aquel hombre, se detuvo a hablarle, incitándole con su mirada, inflamándole con su aliento perfumado y febril, hasta que enloqueciéndole con sus coqueterías, lo tuvo rendido a sus pies.

Entonces sintió ella el orgullo del dominio, el deseo de verle arrastrarse como su marido tras ella, jadeante, expirando de deseo, y lo introdujo en sus habitaciones, desnudóse en un momento, no conservando más que las medias de blanca seda que brillaban con reflejos de cristal, sujetas por ancha liga adornada de brillantes y su cuerpo cubierto por una camisa ligera y transparente, que a través de su diafanidad, dejaba ver sus formas desarrolladas, robustas, sus carnosidades finas y rosadas, surcadas de azuladas venas y cuyo conjunto tomaba los tornasoles del nácar.

Después se envolvió en una capa de raso blanco



como la nieve, orlada de pieles de armiño, y cuya amplitud tenía la forma de manto real.

De este modo vestida, cubierta hasta los pies por la capa, se presentó ante Fédoroff, que, febril. aguardaba impaciente y aspirando el ambiente de hembra que reinaba en la habitación.

Al verla, se puso de rodillas, suplicándola calmara su ardiente deseo, quedándose mudo, asombrado, cuando la condesa, abriendo la capa, se mostró toda desnuda, radiante, resplandeciente de hermosura.

Pasado el primer momento de estupor, el teniente se arrojó sobre el coño húmedo y dorado que se presentaba ante su vista como un sol de oro, en cuyo centro brillaba un rubí.

Pegó su boca a la hendidura de la condesa, y devoró más que lamió tal dulce joya, chupando con locura, lamiendo con frenesí, mordiendo el clítoris con rabia y brutal delirio.

Nadia, a quien esta ferocidad llenaba de placer, abría sus piernas, dejándose caer toda entera sobre la boca del joven, que hociqueaba furioso e insaciable.

La condesa sentía sus mordiscos con deleite; sus nervios se crispaban en contorsiones eléctricas, y apretaba entre sus muslos la cabeza del teniente en un espasmo lúbrico y ardoroso, enroscando sus piernas con fuerza en el cuerpo del joven hasta asfixiarle. Luego, una laxitud voluptuosa, una flojedad de deleite invadió todo su ser, y



se dejó caer en el suelo desmayada, desvanecida, a disposición de Fédoroff' que, ebrio de satánico furor, le hundió su pieza de un golpe en el lamido coño, y se sació su papo.

Cada vez más vigoroso y lleno de entusiasmo, el ebrio teniente, al tocar las nalgas duras y elásticas de la generala, quiso darla por el culo. Nadia intentó resistirse; pero el teniente la dominó a la fuerza, y ella, encantada en el fondo de conocer algo nuevo, entregó al joven su última virginidad, primero entre quejidos; pero después con suspiros de placer.

Desde entonces, Nadia, invadida de furor uterino, cedió, entregándose toda entera, a todo el que solicitaba sus favores.

La fama corrió "sotto voce" por todo San Petersburgo, y su coño, como abismo insondable, tragó toda la leche, embebió toda la esperma viril por su culo y por su boca, mientras su papo era pasto de todas las lenguas.

El conde, asombrado de sus habilidades, seguía entusiasmado con ella, arrepentido de su primer concepto, y sumiso y vencido por su mujer, la que no cesaba de recordarle su carta:

—¡Qué! ¿Ahora te parezco tonta? ¿Me he educado bastante?

FIN

FOTOGRAFÍAS CACHONDAS

Escenas realistas del natural, ejecutadas por personajes jóvenes completamente desnudos (sin retoque alguno)

TAMAÑO POSTAL

Teniendo diez series distintas, recomendamos al cliente que, al hacer el pedido, indique si desea la serie con dos personas, o bien de tres, o mujeres solas (tortilleras)

Precio de la serie . . . . . 10 pesetas
Las diez series distintas. . . . 75 „

Para mayor facilidad del comprador, admitimos el pago en sellos de correo españoles

Envío rápido y certificado

Mme. Natividad González

VILLECONTAL-S-Arros (Gers)

(FRANCIA)

El noble Juego del Billar

(Colección de 20 postales)

Indispensable a todo aficionado o profesional de este juego.

Para reír un buen rato y, al mismo tiempo, ponerse en condiciones de jugar con las bolas y el taco.

Las escenas más perversas que puede uno imaginarse sobre tan noble juego.

Pídalo a su vendedor **Precio: 6 ptas.**

No deje de adquirir

D. Jaime el Conquistador

Edición especial tirada en primoroso papel rosado ilustrado a todo color.



El libro de mayor venta 6 ptas.